

4

Bajos del metro

10

Tasa de inquisición

12

Reina de picas

16

Alud familiar

18

El Niño que ayudamos a crecer

20

El Titanic

24

¿En agosto nos vemos, maestro?



DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

– Juan Fernando Ospina

EDITOR

– Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

– Fernando Mora

– Guillermo Cardona

– Alfonso Buitrago

– David E. Guzmán

– Andrés Delgado

– Anamaría Bedoya

– María Isabel Naranjo

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

– Gretel Álvarez

DISTRIBUCIÓN

– Erika, Didier, Daniel y Gustavo

CORRECCIÓN

– Gloria Estrada

ASISTENTE

– Sandra Barrientos

Es una publicación mensual de la

Corporación Universo Centro

Número 73 - Febrero 2016

20.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

W W W . U N I V E R S O C E N T R O . C O M



Pasado el ruido

Dos escándalos sexuales seguidos constituyen una aberración. Defensor y general en posiciones curiosas forman un dueto malicioso. Tal vez fue demasiado para tan poco. Histeria exponencial lo llamarían los profesores. El primer ruido surgió por una supuesta cita del general hace diecisiete años. Un chisme de cuarteles. Un arreglo hombre con hombre. Una rutina de cuarteles. La prometedor investigación era estéril. Pero los tombo seguían revoloteando contra el micrófono.

Investigar uniformados atrae siempre lo que llaman la inteligencia. Detectives de carro, teléfono y computador. Y la policía ha demostrado muchas veces ser mejor tapando que descubriendo. Se cruzaron filtraciones y chuzadas. Las periodistas eran seguidas e informadas del seguimiento. Las obligaron a entrar al reparto. A la manera natural de los funcionarios que convierten las críticas en un duelo personal como una manera de inhabilitar. Al final tuvieron más sangre fría los acusados y los informantes que las fiscales.

Para el público fue un postre. Para quienes publicaron la escena de siete minutos fue una alegría personal y profesional. El público está ávido del escarnio, del ultraje, de la mofa. El material era perfecto. Pero el público también está sediento de juzgar, de llenar una encuesta sobre quién es culpable y quién inocente. Los encargados de juzgar el poder no tienen inmunidad, apuestan todos los días, acusados por exceso o por defecto.

La opinión pública que era una sustancia abstracta tras los números de una encuesta de audiencia, ahora es un auditorio que contesta minuto a minuto, que responde a un ping-pong siempre desequilibrado. Entonces tiene fuerza lo que Jesús Silva-Herzog llamó los "sobornos de la simpatía". Los medios pueden ser críticos de lo irrelevante, pueden investigar por fastidiar, pueden criticar para el aplauso. La complicidad con los clientes es siempre del periodismo.

El desprestigio siempre es una posibilidad. Gobiernos y sociedad han coincidido muchas veces, desde orillas distintas, en sus dudas frente a la prensa. Los periodistas pueden terminar siendo tan dudosos como su contraparte. Los gobiernos siempre alentarán esa idea contra sus amigos y sus enemigos en las redacciones. La pérdida de credibilidad los hará más baratos o más inofensivos. Cuando la opinión pública y el gobierno coinciden en el desprecio al periodismo, aparece una directiva oficial, una ley, una protección al ciudadano inocente. Un poder debe regular los peligros propios y los ajenos. Los censores del día a día, lectores indignados, oyentes, televidentes, nunca escogen los censores de largo plazo. ©

Portero

por **ANDRÉS BURGOS**

Ilustración: Camila López

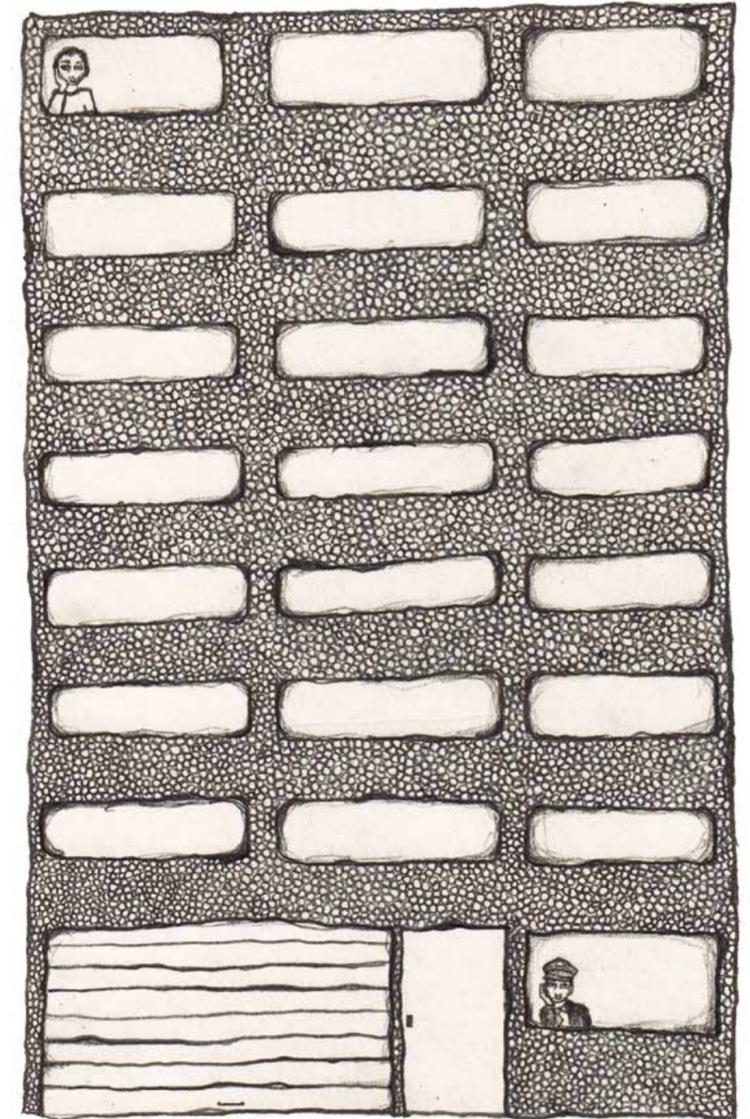
Un amigo, que creció en apartamentos, comentaba fascinado la experiencia novedosa que para él representó irse a vivir a una casa de barrio. El timbre se convirtió en una antesala de sorpresas entreveradas en la rutina. Se vio acudiendo a abrir la lámina de metal que lo separaba de la calle con un entusiasmo que generalmente solo demuestran los niños y los perros. Más de un vendedor de aguacates, testigo de Jehová y pordiosero se alcanzó a asustar con su entusiasmo acucioso de puertas abiertas.

Yo, que fui criado en una casa y terminé viviendo en un apartamento, recorrí un camino que, aunque no se puede calificar exactamente de inverso, me deparó una novedad equivalente: la relación *sui generis* que implica convivir con los porteros. Este trato, que combina la división social del trabajo, la familiaridad y la servidumbre, me llegó siendo ya un adulto. Quizá por eso nunca he podido asumir con total naturalidad un proceso tan simple y tan extendido como que un empleado se encargue de franquearte la entrada a tu propia vivienda.

Me demoro en aprenderme sus nombres y rara vez entablo una conversación que trascienda los temas prácticos. También influye una buena cuota de aprensión frente a un extraño que puede llegar a dibujar un retrato poderoso de mi intimidad a partir de datos mínimos. No importa que los cruces de destinos se limiten a un saludo de entrada por salida y a uno que otro anuncio ocasional por el citófono. A un portero le bastaría con analizar mis horas de llegar y salir, la gente que me visita y el tenor de los servicios a domicilio que pido a los restaurantes, a la farmacia o a cualquier otro proveedor. Me incomoda que ese desconocido llegue a descifrar lo que hay detrás de los días en los que entro con pasos tambaleantes o las mañanas en que no salgo a la calle.

Mi prevención aumenta si agregamos el potencial de distorsión que conllevan datos fragmentarios y ambiguos, como cuando grito "perra hijueputa!" para regañar a mi perra, pero que alguien podría tomar como un epíteto dirigido a mi esposa. El ladrón juzga por su condición y yo he construido la imagen que tengo de mis vecinos con prejuicios, chismes y verdades a medias. Así que bien podría suceder conmigo. A lo que voy es que esas vulnerabilidades, sumadas a que su paso por nuestras vidas a menudo es efímero, se me antojan argumentos suficientes para mantener una distancia prudencial con los porteros.

Con Óscar, sin embargo, desplegué un poco más de confianza. Tuvo a su favor el paso de los años, la calidez de su trato, el hecho de que se refiriera a mis perros como "los bebeces", con su acento del Valle del Cauca y la actitud servicial pero no servil con la que aceleraba



el paso de sus piernas cortas y regordetas cuando alguien le solicitaba ayuda. También estaba la frase con que acompañaba mi salida en las mañanas: "Que Dios lo acompañe y lo proteja". Desde mi ateísmo agradecía que alguien me deseara el bienestar a su modo.

Establecí con él una cercanía escueta pero suficiente. Jamás sostuvimos una conversación extensa pero casi por casualidad, en capítulos cortos repartidos durante el calendario, fui sabiendo de su vida. Me enteré de que él y su esposa tenían un único hijo. "Especial", lo llamaba incluso antes de mencionar su nombre, que solo vine a saber cuando me lo presentó un día. Supe de la hora y quince minutos de pedaleo que le tomaba venir al trabajo. Me llegó la noticia del incendio en su casa, que por fortuna no había sido grave, y de la posterior recuperación de la normalidad. Y no mucho más.

Mi lazo con él, del que no estoy muy seguro si se enteró, se fortaleció una jornada de eliminatorias al mundial de Rusia, donde la selección perdió su partido.

De repente la tarde pareció un domingo de comienzos de enero. En el edificio apenas circulaba el eco silencioso de los corredores vacíos y yo, que había visto el partido solo, estaba hundido en una tristeza inusitada. Tan apaleado me vi que empecé a sentirme culpable. Se me estaba yendo la mano con el drama. En la vida había cosas realmente importantes y gente con problemas reales como para que yo me pusiera así con una banalidad. Entonces decidí pasar la página y pedir una pizza.

Media hora después sonó el citófono. Óscar me anunció que había llegado el repartidor. Pero no se limitó a hacer el anuncio. Después de que autoricé la entrada, él siguió hablando. Me dijo que estaba muy triste por el resultado del partido. No lo oía tan decaído desde lo del incendio de su casa. Fue nuestro diálogo más largo. Lo escuché un rato desahogarse de lo mal que habían jugado los muchachos y lo consolé como pude mientras recibía el pedido con una sola mano, sin soltar el citófono.

Cerré la puerta y colgué, pero me quedé con la caja de la pizza en las manos sin saber cómo proceder. El aturdimiento duró hasta que estuve en el ascensor para bajar los ocho pisos que me separaban del lobby frío donde Óscar era el único habitante. Le dejé varias porciones y volví de inmediato a mi apartamento para que no se me enfriara la comida. De algún modo, la pizza hawaiana con coca-cola fue el remedio que necesitaba. Que tal vez todos necesitábamos.

Hace poco, el portero del otro turno me tomó por sorpresa anunciando que Óscar había renunciado y no volvería. No se me ocurrió nada para decir. Ahora, cuando salgo en la mañana, su reemplazo se limita a desearme un buen día. Todavía, mientras me alejo con la sensación de haber dejado algo olvidado en casa, pienso en Óscar y en que nunca supe su apellido. Le deseo toda la suerte del mundo en su destino actual, que no conozco y por el que no voy a preguntar. Solo espero que Dios lo acompañe y lo proteja. ©

Bogotá se pregunta por las sombras que puede dejar el metro elevado. Funcionarios y vecinos le temen al mundo subterráneo a ras de piso que puede alentar un viaducto. Para el caso, Medellín puede aventurar algunas hipótesis.

Nada definitivo, pues las escaleras al tren subterráneo podrían ser una trinchera más movida.

Hace algo más de año y medio se demolió El bazar de los puentes, un conjunto de locales que respiraba el hollín procesado por el deprimido de la Avenida Oriental. Era uno más de los doce centros comerciales populares que se han ido construyendo para recuperar el centro y alrededores.

Entonces nació el centro comercial El reguero. Unos quinientos metros sobre Bolívar, entre límites de la Plaza Botero y la estación Prado, en el que se tienden unos seiscientos plantes. Trabajan unas mil doscientas personas ofreciendo un surtido que baja en carretillas desde Laureles, El Poblado, Itagüí Boston. Los que surten llegan entre las seis y las diez de la mañana. Venden la “finca” completa: un costal, una carretilla, un atao de sorpresas. Un buen día puede dejar cincuenta mil pesos y uno malo entrega quince mil. Uno de los más grandes organiza una tonelada todos los días y uno de los pequeños ofrece veinte libros en una caja de Lúker. Las vacunas tienen una lógica distinta, más precaria como corresponde al “local”, unos días llegan, unos días se les paga, unos días ayudan a cargar, unos días están recién apuñalados.

En el antiguo bazar había menos público y más facilidades. Los locales servían de bodegas, pagaban a regañadientes quinientos pesos y la lona se tendía en la acera. Ahora pagan cargueros y bodegueros. El paseo comercial divierte y tizna, caminan nostálgicos profesionales y arrancados a la última moda.

El almuerzo completo vale 3.500 y el litro de cerveza helada 3.000. Con la oscuridad se acaba todo y queda la resaca de la resaca.

Una idea del paisaje con la caminata de tres de nuestros mejores basurriegos.

Fotografías: Juan Fernando Ospina



Quincallería

por FERNANDO MORA MELÉNDEZ

Si don Antoine Lavoisier se bajara del metro, una tarde de estas, en el Parque Berrío, se encontraría con un interminable tendido de trebejos: cachivaches de toda especie, antiguallas que tuvieron su cuarto de hora, y ahora solo parecen chécheres que bajan los carretilleros desde cualquier sótano del Escobero, de donde alguna señora los ha tirado, ofuscada, en vísperas de un trasteo. Don Antoine miraría un pasacintas roto, una enciclopedia de su época, muñecas desuavizadas, rodillos oxidados de alguna máquina. Una cuadra más allá vería un montón de ropa vieja ondeando en una cuerda y en el piso, cientos de zapatos de varias décadas que aún buscan su dueño. Don Antoine, químico parisino, caminaría con su peluca dieciochesca por los bajos del tren, como un vejstorio más, para comprobar de nuevo su teoría: que la materia no se crea ni se destruye sino que se transforma, algo que entienden bien los recicladores de Medellín.

El tendido de quincalla se extiende desde la Plazuela Nutibara hasta la estación Prado. Recorrerlo puede ser un viaje en el tiempo, como el del profesor Lavoisier, pero también un extravío en el espacio donde el transeúnte termina haciendo preguntas como: ¿qué cosa es esta?, ¿todavía funciona?, ¿de dónde lo sacó? El objeto puede hacer parte de los corotos que tiran a la calle los familiares del difunto, al día siguiente de que este abandonara el mundo, como lo cuenta uno de los asiduos compradores del mercado. El afecto que se ha tenido por el finado se puede medir por el tiempo que se demoran en entregar sus trastos al basurriego. Por eso, cuando llega una tanda de monedas tal vez haya muerto un numismático, aunque podría ser un avaro: cara o cruz.

También caen saldos de almacenes que no se vendieron, cuerdas para guitarra que se volvieron cañengo. Pero eso que un comerciante llama hueso aquí puede convertirse en potosí; y nada puede declararse basura hasta que no se demuestre lo contrario, diría Lavoisier.

Tal vez don Antoine vería a una niña con traje de boleros que intenta mover un enorme tanque de guerra con un control remoto. El aparato a duras penas se remueve en su sitio. No se entiende cómo otro niño haya abandonado esta réplica perfecta de la máquina militar. Los pelados se cansan de los juguetes, dice el quincallero, y todo esto viene a parar acá.

Los cachivaches nos obligan a agacharnos para que los contemplemos. Como si fueran piezas de algún ritual sagrado, terminamos postrados ante un radio viejo o ante una botella de cerámica de las que antes traían el whisky. El tiesto nos hace pensar en tiempos idos, en los hábitos de algún dueño, o en alguna mancha rara que no salió con el trapo del basurriego.

Detrás del aparente caos del surtido hay un orden que los recicladores se esfuerzan en mantener. Una bola de billar que encaja perfecta en un cenicero, una caja de peluches donde todo es color de rosa. Hay un zar de los controles remotos al que no se le escapa ninguna señal. Su emporio está en el piso, tan ordenado como un parqueadero de Sofasa. Ellos saben que una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa, como decía la artista María Teresa Hincapié. Y así como ella hacía su performance, con vainas de estas, en las salas de los museos, hay quincalleros minuciosos que tardan horas en pensar y ordenar las piezas de su exposición. Son refinados y pacientes estos artistas del rebusque.

Madrugar es la condición si alguien quiere conseguir un souvenir curioso. Una quincalla es como una playa al alba. Cuando llegan los pescadores a escurrir su chinchorro siempre hay garzas y cormoranes dispuestos a dar su picotazo. Algunos son anticuarios curtidos de San Alejo o coleccionistas con el ojo muy aguzado. Son estos los que van a los tendidos tras un objeto muy definido: libros antiguos, piezas de metal precioso o pinturas originales. Entre la basura se pueden hallar obras que algún historiador lleva años buscando. En un tarro de galletas se encontraron las fotos de José Marulanda, un prodigioso retratista del Medellín de los años cuarenta. Las adquirió Rafael Castaño a un reciclador que no recordó dónde se lo había encontrado. A su buen ojo los quincalleros le llaman suerte, dice Castaño, que se precia de conocer algunos que llevan hasta cuarenta años en el oficio. En la semana recorren los barrios, separan el papel, el hierro y el plástico. Y esos objetos que encuentran llamativos los exhiben los sábados en los bajos del metro.

Los ropavejeros, vinculados con tramas siniestras en las novelas victorianas, son aquí una confradía amigable. Por el precio de una carrera mínima ofrecen un par de zapatos en buen estado, aunque con las señas particulares de su anterior dueño. Un jean usado lleva la memoria de las andanzas y esto se convierte en un atractivo adicional. No solo lo busca un menesteroso sino aquel fetichista de vintage que paga por el desgaste auténtico. Los rotos de un pantalón no se han hecho en fábrica, con ácidos corrosivos, sino que son las marcas de una corraleja en Sinclejo.

De pronto descubrimos un objeto reciente, un juguete de una película que hace poco estuvo en cartelera. En medio del tendido de vejez, lo nuevo se convierte en cosa recién envejecida. Con la costra pegotada de mugre y polvo, hay una lonchera de *Mi villano favorito*, o un pequeño Dark Maul, otro de los malos de la saga de *Star wars*: corona de púas y espada de luz.

No bien sale de este reino de chécheres, el peatón empieza a sentir la comezón. Es una piquiña indefinible que movió a un francés, paisano de don Antoine, a bautizar estos bazares como mercados de pulgas. Aunque nada compra, la rasquiña te perseguirá. La causa es una cepa de microbios surtidos que llegan en carretilla de todo el Valle de Aburrá.

Otros dicen que los clientes adictos a los chécheres, de tanto mirar pal suelo, dizque van adquiriendo una postura agachadiza, como la del empleado sumiso. Y eso ya sería tan atrevido como decir que los anticuarios tienen mucha cucaracha en la cabeza. Don Antoine Lavoisier regresará a su vagón, sin haber comprado nada, pensando en algún gas innoble que alcanzó a percibir entre la muchedumbre de la quincalla. Tal vez escriba algo sobre esas reacciones químicas indeseables, un opúsculo sobre la masa reunida en el bazar.

En ese inventario del profesor se dirá que las cosas exhibidas son innumerables como los lugares de donde los quincalleros han sido expulsados. Maturín, Calibío, el pasaje Sucre o los bazares de los puentes son algunas estaciones de su viacrucis. Saltando como pulgas de un lado para otro, o como pandequeso maluco, los tratantes de trebejos son la verdadera tribu nómada del Centro. Por ahora buscan la sombra del viaducto; refrescan con pola los rigores de este verano, hasta nueva orden. ©



Piel de calle

Había visto carteras de piel de culebra, cinturones con escamas de cocodrilo, bufandas con cola y cara de visón, pero jamás un bolso-caparazón de gurru. Y ahí estaba, en el piso, en medio de una estrambótica variedad de objetos y cacharros mugrientos exhibidos sobre un pedazo de lona. El sol mañanero se filtraba por las columnas del viaducto del metro y alcanzaba a acariciar la coraza del bolso, endurecido por el embalsamamiento y curtido como un hueso rancio. Tomé en mis manos el armadillo acurrucado y contemplé sus placas óseas claramente definidas y la simetría de sus púas. Una cabuyita desflecada hacía las veces de correa, con un nudo a cada lado del caparazón. Realmente feo y desagradable al tacto como para valer diez mil pesos; quizás el dueño me vio tan embelesado que se animó a tirar el lance, una suma elevada en un sitio donde casi todos los negocios se hacen con cascajo y billetes viejos; cables pelados, celulares usados, aparatos inservibles, antigüedades obsoletas, juguetes rotos, ropa de segunda, accesorios absurdos e inimaginables no superan, en su gran mayoría, los cinco mil pesos. Lo normal en este caso hubiera sido pedir una rebaja, pero preferí fingir desinterés para regresar más tarde. Dejé el fósil sobre el tendido, protegiéndolo ahora de los rayos del sol, y me fui a buscar otras sorpresas entre el calor, el bullicio de motores, transeúntes y recicladores y el ajetreo de este centro comercial al aire libre.

A los pocos pasos, unos sesenta frascos de diferentes especies de mostaza gourmet armados junto a películas de VHS, libros empolvados y minucias electrónicas captaron mi atención. Un pequeño muestreo a mano alzada me dictaminó que los aderezos, todos de la famosa marca francesa Maison Maille, tenían fecha de vencimiento entre junio y septiembre de 2015. Le eché una mirada al encargado y lo encontré organizando aparatos al otro lado del tendido. Lucía sombrero vaquero y una camisilla surcada por dos cadenas gruesas de plata; un dije en forma de Cristo crucificado caía y parecía enredarse en el vello de su pecho. Me contó que su nombre es Juan Manuel Villa y que suele conseguir los *stock* de mostaza en un mismo restaurante. Fiel a la dinámica del sitio, Villa es uno de los recicladores que recorre la ciudad con su carreta y se acerca a este punto, entre la avenida De Greiff y la estación Prado del metro, para vender o sortear el material que recoge. Según dice, así estén vencidas, sus mostazas ni matan ni intoxican, por el contrario, se mejoran con el tiempo, como el vino; para él las fechas de vencimiento tienen un período de gracia y existen para que el producto pueda seguir saliendo. De vender todas las unidades a mil el frasco, la ganancia será de al menos cincuenta mil pesos. Un empleado de un restaurante de la zona vino a preguntarme si le quedaba mostaza con eneldo y el hombre buscó sin suerte en su *stock*. Mientras hablaba pude ver que era tuerto; su ojo derecho, que se veía como una pequeña canica blanca incrustada en una cavidad lechosa, tenía la huella de un tiro que le pegaron en Mutatá, su pueblo natal, de donde tuvo que huir desplazado a mediados de los ochenta. Desde esa época guerrea en las calles de Medellín, pero hace doce años se ancló definitivamente en la compraventa de objetos reciclados. Ya le tiene calibrada la ganancia al asunto y no solo reúne los dieciocho mil diarios que debe pagar a quienes le sacan, le exhiben y le guardan la mercancía, sino que le alcanza para ligar a los muchachos que "cuidan" y arañar un mercadito para la casa. Me despedí de Villa, quien hace poco estuvo hospitalizado diecinueve días en la León XIII por problemas pulmonares. Tuvo que dejar de fumar, ahora solo aspira humos variados y buen hollín.

A las doce del día, los carritos de almuerzo hicieron su aparición en los bajos. Arepa con chicharrón a dos mil pesos o almuerzo completo con sopa, seco y jugo a tres mil quinientos. Al pie de su tendido, Alberto Gallego desempacaba un costal que recién le había comprado a un reciclador con todo su contenido, a ojo cerrado, como se acostumbra en este negocio. Cada vez que Alberto metía la mano al costal extraía aparatos que ni siquiera sabía qué eran y para qué servían. Objetos no identificados, artefactos, los llama él. A simple vista, parecían partes estropeadas de algún engranaje, piezas inútiles o incompletas. A dos mil el artefacto. "Algo es algo peor es nada", es el nombre de su puesto, me lo dijo Alberto como una especie de secreto, no hay letrero a la vista. Incluía toda clase de dispositivos y trastos y venta de DVD porno a mil pesos con posibilidad de intercambio de películas a quinientos. De repente se acercó un señor y empezó a pedir rebaja por un bolso secreto tipo canguro; no hablaba sino que usaba los dedos para pedir que se lo dejaran en dos mil pesos; Gallego, también con los dedos, como si el cliente fuera sordo, le decía que en tres mil se lo dejaba. Finalmente lo compró, el señor se llama Nelson (pronunciaba Nalsan) y es gringo, profesor en Armenia y ahora en Medellín. Enamorado de Colombia, Nalsan se ponía la mano en el corazón y con su acento inconfundible decía, "everybody me pregunta, ¿quieres a Colombia? Amo este país". Gallego lo despatchó y luego me dijo que si hubiera sabido que era gringo le



pedía diez mil, pero que no se dio cuenta con esa cara de santuario que tenía.

Regresé por el accesorio de piel de armadillo y otro tipo estaba a cargo del tendido, me dijo que él mismo lo había encontrado al lado de un poste en Laureles. Como quien no quiere la cosa pregunté el precio y con la autoridad de un arqueólogo me pidió veinte mil pesos. Con semejante valorizada, no me quedó otra opción que salir a buscar un artículo para reemplazar el bolso-caparazón. Deambulé un rato y nada me convenía, se me había metido en la cabeza que lo elegido debía tener características similares y despertarme las mismas sensaciones que el bolso. Vi juguetes de mi infancia, teléfonos de rosca, un cuadro en tercera dimensión con *Frankie the fish*, el pez azul que canta y chapalea clavado en una tajada de madera, a veinticinco mil, un lujo a toda costa; peluches ancestrales, úteros didácticos, libros inesperados como *El secreto de la dicha conyugal*, ollas y herramienta oxidada... de todo... hasta que la vi, ahí, en el piso, entre ceniceros de aluminio y copas de aguardiente rayadas: una botella de vidrio incrustada en una pata de vaca. Esta botella forrada en piel vacuna y cuya base era la pezuña me enamoró. Otra vez cometí el error de mostrar mucho interés y me pidieron diez mil pesos. En el tira y afloje logré que me rebajaran la mitad. No podía creer que estuviera comprando algo de tan mal gusto, era como una aberración incontrolable. Tomé la pata en mi mano; la piel empezaba a sufrir de alopecia y resequedad y por la parte posterior no alcanzaba a cubrir la botella. El vendedor la introdujo en una bolsa y el corcho de plástico duro y roñoso quedó por fuera. Así, con la pata-botella envuelta debajo del brazo salí del Centro, pensando en que la ciudad es una caja de sorpresas y los recicladores, quienes descubren sus tesoros. ☺

Estrenar pero de segunda

por ANDRÉS DELGADO



En los fermentados bajos del metro, entre las estaciones Parque de Berrío y Prado, el costo de unos tenis podridos es de cinco mil pesos, y el de tres películas porno es de cinco mil pestos.

"Cogemos la basura de los demás y la convertimos en nuestro tesoro", dice un comerciante. Es un caballero con estilo: gorra amarilla y un enorme reloj verde de quinceañera, bambas carriadas desde la nuca y anillos carcomidos en los dedos. Me contesta orgulloso de su oficio, lo descubro en su sonrisa y en la disposición ordenada de su plante de antigüedades y otros cachivaches en una sábana sobre la acera. Entonces me detengo en los condones de Profamilia: "Cada uno vale dos mil", dice, y me mira picaro porque sabe, como sé yo, que esos cauchos son gratis. ***

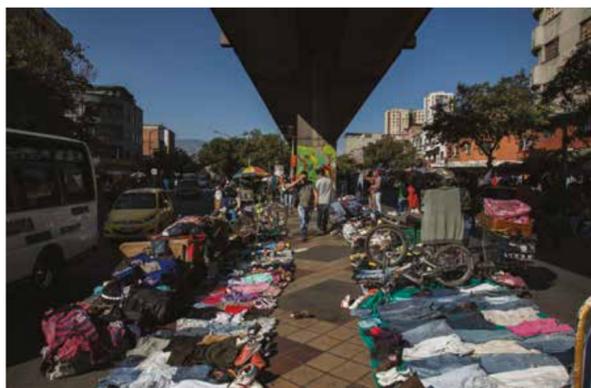
La caída de la tarde del sábado es tremendamente calurosa y los bajos del metro están congestionados con buses, gente y roña. En UC cumplimos un antojo frívolo: salir de compras. Pero no lo hacemos en un centro comercial lustroso y perfumado, sino en un bulevar atiborrado de basura o, mejor dicho, repleto de "tesoros". La condición de la reportería es gastar diez mil pesos.

Lo que quiero es comprarme un carro. Entre los trastos regados por el piso puedo ver uno verde, de plástico, aplastado y triste. Cuesta tres mil pesos, pero quiero uno más sólido.

Más adelante hay un ropavejero. Una señora mete la mano en un cerro de pantalones para comprarle uno a la niña, que espera ansiosa. Se huele la impaciencia de la pequeña por tener algo nuevo para ponerse. Ambas sonríen cuando la señora logra sacar entre el arrume un *leggings* rosado de su talla. Lo rico de estrenar, pero de segunda.

Alguna vez Laura, una atractiva princesa, me dijo: "¿Por qué vas por allá, a ese lugar tan feo?". Porque es gente interesante, cargada de historias, con una inteligencia adquirida en la salvaje calle. Y un litro de cerveza fría vale tres mil pesos. Pero además, me recuerdan a Jack London y ese gran libro *Gente del abismo*, un reportaje sobre los barrios más pobres de Londres donde se hacinaban millares de personas en condiciones terribles mientras otros disfrutaban del bienestar.

Cuando veo la cara de felicidad de la niña con sus *leggings* nuevos, entiendo una obviedad: hay gente que está obligada a venir a este bulevar. La inmersión de UC es solo trabajo y



juego, un poco de reportería mugrosa. Para otros bajar a los bajos es un asunto de supervivencia.

Donde el mismo ropavejero hay una pareja de muchachos que no sobrepasa los dieciocho años, ambos tienen la cara cuarteada por el sol, van de la mano, ella está en embarazo. Se ven ilusionados preguntando por ropa de bebé.

Al comienzo de la caminata, cuando íbamos en patota, ojeando y preguntando, uno de nosotros vio entre los chécheres, una mugrienta gorra bordada con Obama. "Es original —dijo el señor—, tiene ocho costuras en la teja, y véale las marquillas". Por turnos, la cogimos con las puntas de los dedos. "Me la trajeron de Europa", dijo el vendedor y pidió diez mil.

La cadena del negocio va más o menos así: hay personas que madrugan a las dos de la mañana y caminan los barrios en busca del reflujo ciudadano. Personajes que se ven con la carreta hasta el tope con cartón, varillas, muñecos y cachivaches. Al amanecer se encuentran el reciclador y el comerciante callejero, el primero le vende al segundo su atao, como quien vende una casa a puerta cerrada, una lotería en caja o costal.

Los comerciantes callejeros se especializan. Hay quienes venden ropa y zapatos; otros, herramientas; otros, únicamente ollas; incluso apareció un proveedor de vibradores con historia. Todos lavaditos y a la venta.

Este sábado, por el negocio de la gorra de Obama traída de Europa, el señor sumó diez mil pesos a su día.

Y yo sigo agachando la cabeza, buscando mi carrito.

Más adelante del pasaje, grisáceo por el polvo y picante por el sol, un señor se mide unas gafas para ver si mejora su visión con fórmula ajena. Otro pregunta por una trampa para ratas y un trío de metaleros esculca una pila de casetes viejos. Una señora se compra una paillita, como para freírse un huevo, y una señora de jeans y tacones, elegante y estirada, discute por una chompa de adolescente con bordado en el pecho: Nike. Cuando consigue el

precio, le dice al vendedor: "¡Yo no voy a dar papaya!".

Entonces veo tirado un carro antiguo, de los que necesitaban manivela. Cuesta ocho mil, pero no me convence. Está tan limpio y completo que no parece de segunda.

Entre los comerciantes con estilo, me encuentro con otro ejemplar: un caballero negro, alto y delgado, con sombrero vaquero, tuerto, y ese ojo suelto me da terror, tiene una docena de cadenas oxidadas en el cuello y otra docena de manillas carcomidas en las muñecas. Luce una camisa de los sesenta. Es un camaján salsero enrazado en vaquero de los Llanos. Tiene un sólido estilo para vender. Me dice que la consola de videojuegos cuesta quince mil y asegura que está en "perfectas condiciones", condición que, desde luego, no tenemos cómo comprobar.

También hay dos preciosas chicas en shorts mirando coquetas a todos los obreros. Una de ellas tiene un tatuaje en el muslo que dice *Belive*. Tienen los pantalones tragados en la raíz de los muslos. Entonces un man pasa y dice: "Tengo que sacar un aviso que diga: Por eso las violan". Hay desequilibrados que son un peligro de pensamiento, palabra, obra y omisión.

Entonces veo mi carro. Está destartado, sin las dos llantas delanteras, con rasguños oxidados, pero es desca-potable. Lo alzo y me pesa en las manos. Los abuelos dicen que la calidad está en el peso. Cuesta siete mil. En las placas reza: Chevrolet, 1957, fuel injection, escala 1/18.

Finalmente lo compré en cinco mil y como los viáticos eran diez mil, me quedan cinco para cerveza helada. Entonces despacho un litro de cerveza fría en los escabrosos bajos del metro.

En la casa busqué las señas particulares de mi carrito destartado, un Chevrolet Corvette Roadster, automóvil deportivo de dos plazas. En las fotos es una sólida lancha del 57. Si pudiera, me compraría una así, modelada, e invitaría a Laura a despelucarnos dando la vuelta a Oriente. ☺



www.confiar.coop



RETRATOS Y ESCULTURAS Gustavo Jaramillo V.

Inauguración. Jueves 17 de marzo de 2016. 6:30 p.m.
Centro de Artes. Biblioteca Luis Echavarría Villegas. Entrada libre
Universidad EAFIT



Universo Centro se une al periodista Sinar Alvarado para realizar su primer taller de periodismo

Una oportunidad para compartir la experiencia y conocimientos de un periodista que escribe para las revistas *Gatopardo*, *SoHo*, *Semana*, *Esquire*, *Letras Libres* y *El Malpensante*. Su libro, *Retrato de un canibal*, ganó el Premio de Periodismo de Investigación Random House Mondadori en 2006.

Inside job: Cómo narrar crónicas de inmersión

Las tres mejores crónicas escritas en el taller serán publicadas en *Universo Centro*, y a sus autores se les devolverá el dinero de la inscripción.

Consulta toda la información en www.universocentro.com o escribe al mail proyectos@universocentro.com

Cierre de convocatoria: 28 marzo de 2015
Duración del taller: 12 horas divididas en 3 módulos de 4
Fecha: 1 al 3 de abril de 2016



TASA DE INQUISICIÓN

por ROBERTO PALACIO

Ilustración: Titania Mejía

Ha llamado mi atención el parecido entre dos sistemas de registro separados quinientos años en el tiempo; poderosas listas levantadas en nombre de Dios y del Capital Financiero, salvaguardadas por entidades tan omnipotentes que lograron adueñarse de nuestros temores. Se trata de dos sistemas erigidos bajo la sombra de aquello tan abstracto como la herejía y la morosidad, y al mismo tiempo tan real como el dolor y la deuda: las listas de la Santa Inquisición y las de Datacrédito. A menudo nos ronda esta sensación de que todo absurdo, todo abuso y locura son algo del pasado. Pero no me cabe duda, la versión contemporánea de los índices del siglo XVI en donde se anotaban con escrúpulo los nombres de los herejes son las minutas maníacas de las centrales de riesgo.

Entre más lo pienso, más aspectos empiezan a mostrar su semejanza singular: la Inquisición organizaba autos de fe, grandes eventos semejantes a una corrida de toros donde los procesados abjuraban públicamente de sus pecados bajo el vótor histórico de otros pecadores; Datacrédito deja de perseguir al moroso cuando declara públicamente que su intención es pagar y llega a un acuerdo con la entidad. La persecución, como un demonio interior, como las furias en el teatro griego, no cesa si el moroso no compromete cada centavo. El fin de la Inquisición no era salvar el alma de los acusados, como se reconoce en *El manual del inquisidor* del siglo XVI, sino crear escarmiento público para prevenir la herejía; el fin de Datacrédito no es enmendar la vida crediticia del ahorrador, sino “crear las condiciones de seguridad y confiabilidad de acción para el sistema financiero”. Al igual que en la Inquisición, donde la abjuración y declaración de la nueva fe no exime de la engorrosa culpa y el mismo hereje arrepentido podía seguir encarcelado por años, para Datacrédito pagar la deuda no saca a un moroso de la lista ni le permite recuperar la libertad comercial. ¿Y cómo iba a hacerlo? Se ha cometido una falta que pone en peligro a todo el sistema financiero, un crimen *contra natura*. Es por ello que el tiempo de permanencia en la lista crediticia luego de haber pagado suele doblar el tiempo en mora. De hecho, si vamos al detalle, las reglas sobre la permanencia varían dependiendo del tiempo de la mora, si el pago se

realizó de manera voluntaria o en desarrollo de un proceso judicial o si ha habido reincidencia. Para la Inquisición, el castigo también variaba según el reo confesara voluntariamente o bajo tortura, si era un reincidente o estaba en medio de un proceso. No hay duda de lo valiosos que para ambos sistemas son los momentos de intromisión en lo personal, lo dicho bajo tortura, la promesa con el ojo aguado... En últimas, el delirio humano, la debilidad ajena cuyo deleite abre apetencias de poder que ni el dinero ni Dios colman.

Sin embargo no se limita el parecido a esta miserable imputación de lo inevitable. Confieso que yo no he podido ver una lista de Datacrédito para este artículo. Tampoco un ciudadano del siglo XVI, o XVII, o incluso del XVIII hubiese podido acceder a las de la Inquisición, posibilidad que parece haber quedado totalmente obliterada cuando por orden directa de Napoleón fueron quemadas. Pero algunas cosas sabemos por los testimonios de las víctimas que sobrevivieron a sus perseguidores. Al igual que en Datacrédito, la Inquisición llevaba un registro minucioso de sus reos, anotando, en el sentido más moderno del término, básicamente los mismos datos que hoy son tan preciados por las centrales de riesgo. Según exigencia del Consejo Supremo de la Inquisición de 1653, las “relaciones de causa”, es decir, cada entrada en la lista, se tenía que surtir con estos criterios, los cuales era preciso —al mejor estilo bancario— actualizar mensualmente: “Debes mencionar el nombre del delincuente y su residencia, y también si es extranjero, su lugar de origen, así como el tipo y la calidad de la ofensa, la fecha en la que fue encarcelado y si confesó en la audiencia o negó los cargos, así como cualquier cosa peculiar que haya sucedido en la

audiencia y que deba ser llevada ante la atención del Consejo. También debes decir si la persona confesó a la acusación y el testimonio de los testigos. Si fue torturado, habrá que incluir un sumario de sus deposiciones desde el momento de la sentencia (de proceder con la tortura) hasta la terminación de la tortura. Finalmente, debes anotar cuándo el caso estaba listo para el juicio y anotar las penalidades impuestas por la sentencia”.

En la Inquisición ya estaban en germen los altos valores burocráticos que tanto bien nos hacen hoy. Si esto no se hacía a la perfección, los inquisidores no podían reclamar la “ayuda de costa”, una bonificación anual por su juiciosa disposición para quemar herejes. Tampoco podían reclamar las propiedades de los mismos, el anhelado embargo, punto de convergencia sempiterna de la Banca y la Iglesia.

Hay que decir que la Inquisición —de la cual no se recuerda una sola lista dada al público— fue más meticulosa con los datos de sus reos que Datacrédito que en octubre de 2013 fue sancionada por la Superindustria por utilizar los casos para que sus “ejecutivos de ventas” pudieran hacer presentaciones. ¿Cuántos no habremos sido utilizados como un patético caso de insuficiencia mercantil, impotencia crediticia, falta de músculo financiero, en reuniones donde los banqueros se daban un almuerzo con los dividendos de nuestros ahorros al tiempo que se indignaban de nuestra “mala vida”? Sustitúyase por religiosos y se tendrá una imagen vívida de la Inquisición.

Por su propósito, las listas eran de hecho asombrosamente similares. Ambas parecen haber sido hechas para que uno nunca supiera si está en ellas o de dónde vienen las calificaciones, teniendo un resultado claro solo cuando viene el evento fallido: la caída en infernos peores

que los de la *Divina comedia* o el vital crédito negado. Y en ambos casos, siguiendo la lógica, no queda más remedio que *calvinísticamente* seguir una vida de bienaventuranza con la esperanza de que el éxito en los negocios nos revele si somos material apto para los cielos habiendo mejorado nuestra “calificación”. En un caso llámase vida limpia terrenal y en el otro vida limpia crediticia. Para las centrales de riesgo siempre pende sobre nosotros una calificación, un número que va de 150 a 950, que no conocemos y nunca sabremos de dónde viene pero que pondera nuestra gracia ante el sistema. No es fácil saber en la vida qué hay que hacer para subir la calificación. Duns Escoto y toda la escuela peripatética se preguntaron, ¿cómo he de vivir? Tampoco ahora es sencillo saber cómo hay que ser un buen deudor. Quizá con la cabeza gacha en la fila del banco debamos llegar a la caja y, como dispuestos para entrar en contacto con el Altísimo en comunión, entregar los formatos de consignación en silencio... y sin que nos asombre el saldo retirarnos a meditar luego de solicitar un número. Bienaventuranza, calificación de riesgo. La buena y limpia vida... no importa si crediticia o en la beatitud.

No hay que olvidar que tanto Dios como la Banca se sostienen en su lugar por algo tan endeble, cambiante y humano como la fe. Qué escandaloso y fácil es simplemente negarla. Cómo tambalean ambos sistemas cuando alguien abre la boca y deja suelta la duda. ¿Acaso el negocio bancario no se alimenta de eso que los antiguos llamaron *fides*? ¿Las emisiones de títulos valor no están basadas en un acto de deuda pública, último respaldo del dinero, que mucho se asemeja a un acto de fe? Bien decía Marx que la economía es la metafísica de la clase alta.

En ambos sacrosantos sistemas se discute si los pecados o las deudas pertenecen a la esfera del individuo o son de dominio público; compárese la *Carta sobre la tolerancia*, en la que John Locke discute la herejía de los hugonotes, con la sentencia de la Corte Constitucional número SU-082/95 en donde se discute si el reo Gabriel Alberto González, que fue tentado por Invercrédito a adquirir una deuda de 105.857 pesos, la misma que no pudo cancelar a tiempo por dificultades económicas siendo reportado a las bases de datos, tiene derecho a salir de las centrales de riesgo habiendo pagado y por lo tanto a recuperar su vida íntima.

Pero no hay que construir ningún tipo de metáfora para extender los lazos entre las dos listas. Datacrédito castiga a los infieles en un sentido bastante prosaico. A partir de 2012 se reporta a las bases de datos el que cotiza un crédito en una entidad y luego en otra buscando mejores condiciones. Al parecer, la simple consulta, como en el caso de rezarles a otros dioses, va directo a la historia crediticia del *infidelis*. La extraña apostasía es punible porque implica una deslealtad con el sistema, un uso de la libertad que ha sido caro a la Inquisición y a la Banca, cuando el fiel debería aceptar la palabra que viene de arriba, llámese Dios o City Bank.

Hay sin embargo una asimetría brutal entre los dos sistemas, una que hace más humana y vivible a la Santa Madre Inquisición. Esta última al menos actuaba bajo el remedio del amor. En Colombia hay 23 millones de personas “listadas” en las centrales de riesgo. La Inquisición no llegó a una fracción de ello; se estima que en toda su historia ejecutó a apenas 150 mil, cifra sobre la que hay mucho disenso. Es por ello que recuperar la vida eterna es más sencillo que enmendar la vida crediticia. Así como el creyente se preocupa por estar en gracia de Dios, una medida de su salvación, al parecer, para parafrasear a Dante, los colombianos estamos en la mitad del camino de nuestras vidas en un pasaje oscuro con la senda derecha ya perdida. ¿Qué más da portarse bien si estamos inmersos en una religión que tarde o temprano nos condena? Algún día, cuando el acreedor haya dejado de deber —esa condición que el escritor colombiano Álvaro Salom Becerra identifica con la muerte— y no quede más que el dato en una base de datos, al igual que con las listas de la Inquisición por las cuales los historiadores han sabido de personas largo rato olvidadas en la historia, no quedará más que nuestra “relación de causa” en donde consta que durante nuestras vidas pecamos, dudamos, fuimos infieles o simplemente nos atrasamos una cuota en el pago de un calentador de paso... porque por lo demás, lo más probable es que no quede ningún otro registro de nuestro paso por esta larga fila de deudas y pecados que llamamos vivir. ©



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

CHICO Y OTROS MIEDOS

Me llama desde São Paulo mi amiga Annabel, y prométeme enviarme un documental recién estrenado allá sobre Chico Buarque que le encantó. La promesa revivió mi vieja admiración por este hombre múltiple al que fui degustando, sin pausa ni prisa, en los lejanísimos tiempos en que la prensa paulista celebró sus treinta años de vida, proclamándolo, desde entonces, uno de los brasileños más ilustres. Chico era ya el autor de *La banda*, de *Roda viva*, de *Carolina*, de ese ejercicio insólito para la música popular que es *Construcción* (La banda inspiró un poema de Carlos Drummond de Andrade, *Construcción* un ensayo del gran crítico Ángel Rama).

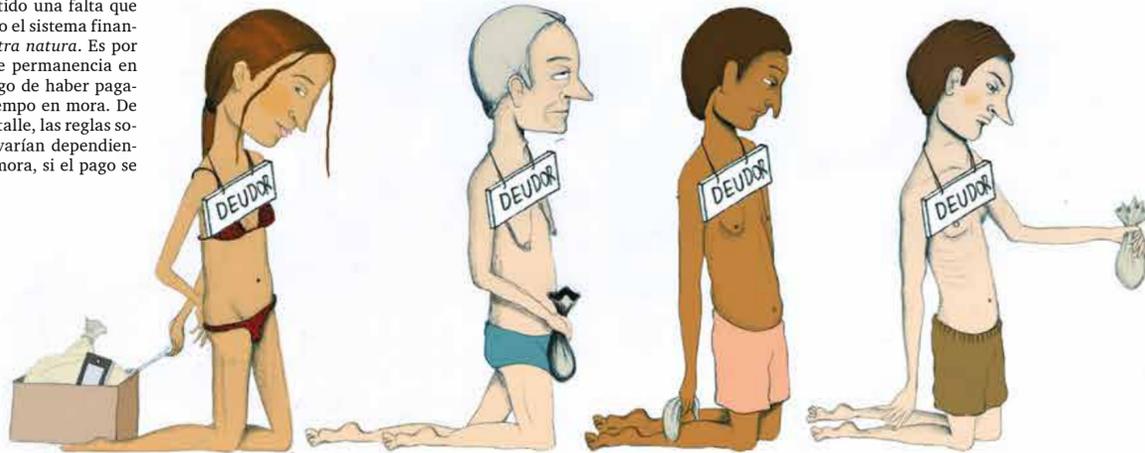
Incurrió después en el teatro, con tragicomedias escritas y musicalizadas por él —musicales tragicómicos, podría decirse—, de magnífica factura y buen éxito de público; una de ellas, *Calabar*, fue proscrita mucho tiempo de los escenarios, pues la dictadura creía ver en ella —y creía bien— una alusión velada a sus propios crímenes, disfrazada de episodio histórico. La última, *Opera do malandro*, fue llevada al cine; vi las dos versiones y, doy fe, es mejor la obra que la película. En los últimos años se ha dedicado a escribir novelas, y las cinco o seis que lleva publicadas son, en mi modesta opinión, obras maestras. Quisiera explármelo más en eso, pero el espacio apremia.

Muchos años después, estando este servidor de vacaciones en São Paulo, leí en la prensa que Chico estaba en la ciudad, y se alojaba en el Hotel XX, un imponente cinco estrellas, situado a tres cuerdas de mi apartamento. Me armé de valor y decidí ir a entrevistarlo; el valor me duró hasta entrar al inmenso hall, atiborrado de viajeros, visitantes, maletas, altavoces y periodistas. El pánico me paralizó, y volví a mi casa con el rabo entre las piernas.

Epílogo: pasados los años, vino a servirme de consuelo el mismísimo Orson Welles, quien evoca en una entrevista el día en que, de paso por Rungsted, Dinamarca, se animó a visitar a Isak Dinesen (nombre civil Karen Blixen), por la que sentía una profunda admiración. A mitad del trayecto sintió una invencible timidez, dio media vuelta y regresó a su hotel. Nunca logró hablarle, pero esto no le impidió filmar, para la TV. francesa, *Una historia inmortal*, basada en un relato de la Dinesen; la película, de no más de una hora, es una pequeña joya del cine, una especie de testamento del gran Orson. Final feliz.

CODA

Salvo una columna de su sobrino Pascual en *El Espectador*, la prensa ignoró por completo la muerte de Jesús “Pacho” Gaviria. En sus buenos tiempos, con Elkin Restrepo, José Manuel Arango, Víctor Gaviria y algún otro, Pacho fue uno de los fundadores de *Acuarimántima*, esa pequeña revista de escaso tiraje y discreto aspecto que hoy es un tesoro de coleccionistas. Aunque pocos lo recuerdan, Pacho fue un magnífico poeta. No publicó muchos libros, pero todos son excelentes. Alguna editorial debería pensar en reeditarlos, por ejemplo la de Eafit, donde Pacho trabajó como editor de libros de arte. Los que lo conocimos sabemos que le gustaba mucho leer, conversar y tomar trago. Un poeta de los de antes. ©



DR. GUSTAVO AGUIRRE

OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.

CIRUGÍA CON LÁSER

Clínica SOMA
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00

Reina de picas

por JUAN CARLOS ORREGO

Ilustraciones: Verónica Velásquez



Conocí el poder de la reina de picas en Bello, cuando tenía doce o trece años y acompañaba a mis tíos maternos mientras ellos, con sus amigos vagabundos, jugaban a la "bola" en los zaguanes de las viejas casas del barrio El Congo. Entonces supe que la carta fatídica equivalía a trece puntos negativos, terrible cifra que mucho después vi confirmada en la versión informática del juego, Corazones, irremediablemente sosa por tratarse de un divertimento electrónico sin borrachos ni chistes vulgares. Sin embargo, nunca imaginé que la malignidad de la señora de los corazones negros tocara con los turbios secretos que se esconden en la historia masónica de Bucaramanga; lógicamente, tampoco llegó a sospecharlo el muy curtido Aleksandr Pushkin, autor de *La dama de picas*, un cuento que se antoja inocente a pesar de que el tabú que lo protagoniza acaba perdiendo la razón.

Las revelaciones me las hizo Gonzalo España, el escritor santandereano que, por ser autor de una saga de cuatro novelas policíacas, viene a ser algo así como el Manuel Vázquez Montalbán colombiano, y quien —bien me consta— conoce más historias curiosas que las que ha escrito. Un par de semanas antes de que expirara el 2015, en compañía

de mi esposa nos encontramos con él en el centro de Bucaramanga. Aprovechando la visita que hacíamos a la Ciudad de los Parques con el pretexto de un evento académico, Gonzalo se ofreció para ser nuestro guía durante un sábado ocioso; concretamente, nos anunció su deseo de llevarnos al cementerio masónico de Bucaramanga, una más entre las expresiones liberales de una ciudad en la que, incluso, alguna vez fue levantada una estatua a Giordano Bruno. Mientras bajábamos desde el hotel hasta el parque García Rovira, el escritor nos instruyó en el ABC de lo que debíamos saber. Y era que entre la vieja masonería bumanaguesa se había destacado, por su radical extravagancia, la logia de la "reina negra", cuyos iniciados se reunían periódicamente para celebrar un rito fatal en torno de una baraja francesa. La práctica consistía en repartir las cartas del mazo hasta que alguien jalara la reina de corazones negros, y ese elegido del azar debía suicidarse a más tardar ocho días después del sorteo. Para garantizar la ejecución, un miembro anónimo de la logia cumplía la función de verdugo si el aspirante a suicida se ablandaba, papel que quedaba adjudicado con solo sacar otra carta específica de la baraja. Por desgracia, Gonzalo no recordaba cuál era esa segunda figura; aludiendo

al versado amigo que le había referido los pormenores de la historia, dijo: "Seguro que ese pisco sí sabe qué carta era esa; qué carajos, puedo llamarlo ya mismo". No lo hizo, sin embargo, y se conformó con contarnos que dos señores de apellido Garnica, padre e hijo, habían muerto por esa vía azarosa y habían sido enterrados bajo un monumento en forma de tabaco, situado en el afamado cementerio que era nuestra prometida atracción turística.

Después de pasar bajo la estatua del general Custodio García Rovira —allí estaba con su sable en alto y la bocaza detenida en el famoso grito de "¡Firmes, carajol!"— volteamos hacia el sur y avanzamos unas cinco cuadras, hasta llegar frente a los viejos muros del Cementerio Central de Bucaramanga. Nos ilusionamos y desilusionamos en un santiamén: apenas entrar nos alborozó la visión de un jardín de túmulos nada convencionales —había, grabados en las losas, más cañones que cruces—, pero inmediatamente un vigilante nos informó que se trataba de las tumbas de los caídos en la Batalla de Palonegro, el conflicto que, prácticamente, dio fin a la Guerra de los Mil Días. También fue efímera la ilusión que nos deparó una boscosa heredad funeraria sembrada, con muros propios, a un lado del cementerio principal: pronto supimos que se trataba del jardín privado en que reposan los restos de la familia Puyana —o algo así—, cuya aristocrática soberbia no podía expresarse mejor que en el romántico abandono de las tumbas. Un sepulturero se permitió aclararnos el detalle que, acaso con fingimiento de escritor malicioso, Gonzalo parecía haber olvidado: el Cementerio Universal, donde habían sido sepultados los masones y los herejes más distinguidos, había sido erigido dos cuadras más abajo, en un lote arrasado recientemente para permitir la construcción del flamante viaducto de la carrera novena. "Ya no queda nada de ese cementerio", dijo de modo absoluto nuestro lúgubre informante. Salimos con la cabeza gacha, aunque no tanto como para dejar de ver algo que, en aquel campamento tradicional, era sin duda el centro de gravedad y, al parecer, el único asidero para nuestra resignación en aquel paseo frustrado: una gigantesca caja de cemento blanqueado, ciega en sus cuatro paredes y presumiblemente abierta por arriba, y a la que iban a parar —según nos explicó un visitante— los despojos sin doliente. No pude evitar pensar en el título de la primera novela policíaca de Gonzalo: *Mustios pelos de muerto*.

Una vez en la calle, el escritor recobró sus bríos y se empeñó en que fuéramos hasta el viaducto para ver si era cierto que el Cementerio Universal había desaparecido de la faz de Bucaramanga sin dejar ningún rastro de su pasada existencia. "El Gran Arquitecto no deja cabos sueltos, pero los ingenieros de Bucaramanga sí", puntualizó Gonzalo. En efecto, todavía había algo que ver en el antiguo emplazamiento del cementerio, al cual llegamos después de caminar cinco minutos bajo un sol infernal: desde la esquina que se arrima a la carrera novena vimos que, al otro lado, un obelisco coronaba un angosto terraplén; un terraplén que, en la rampa de subida, era jardín, y en el resto de su meseta era un campo desértico en el que apenas se sostenía en pie un árbol viejo, pues lo demás era barro y pedruscos. Bastaba tener dos dedos de frente para entender que la idiosincrasia masónica sobrevivía en aquel obelisco, pues de otro modo —en el caso improbable de que el cementerio barrido por los buldóceros hubiera sido uno católico— el lugar estaría marcado con una cruz o una imagen dolorida de la Virgen. Pasamos la calle, trepamos por la pequeña cuesta y fuimos rodeando el obelisco hasta leer las cuatro placas fijadas en sus caras, tres de ellas dedicadas a consagrar la pujanza santandereana, las armas municipales y el genio del alcalde de turno. Pero la inscripción del cuarto lado —justamente la última que leímos, por estar dirigida hacia el yerto escenario trasero— vino a corroborar la verdad de la leyenda que perseguíamos, tanto en el buen sentido de avalar la presencia histórica del cementerio como en el muy negativo de confirmar el estropicio urbanístico de los últimos días. Allí se leía: "A...L...G...D...G...A...D...U... / A la memoria de los / hombres libres y de / buenas costumbres cuyos / restos mortales han / reposado en este lugar. / GRAN LOGIA DE LOS ANDES". Era cierto, pues, que la tumba de los Garnica había estado por allí hasta hacía poco, aunque no había ninguna posibilidad de saber dónde: más allá del obelisco y el vergel que lo rodeaba, los únicos objetos distinguibles como para hacer las veces de indicio eran el árbol viejo, un brasier mugroso abandonado sobre sus raíces y un portalón de corral que se levantaba al fondo.

Más o menos al tiempo, por aquello de la sincronía con que hacíamos los últimos gestos de reconocimiento del sitio —esos

gestos minuciosos y banales que uno hace para, enseguida, dar media vuelta y abandonar un lugar que acaso no volverá a pisar—, bajamos la cabeza para ver lo que había a nuestros pies, sobre la base misma del obelisco. Como si se tratara de la ejecución de una broma macabra, una carta de naipes yacía en el suelo, boca abajo. Poco después pudimos comprobar que también había por allí, dispersas, una ficha de casino, un cartón de lotería infantil con el número 13 y un condón usado, pero, como era apenas lógico, la maldita carta fue lo que captó nuestra atención y suscitó todo nuestro horror; por lo menos el de Gonzalo y yo, convencidos de que la doble cara y el emblema de la reina de corazones negros se agazapaban en el revés del cartón. El esforzado escritor apenas dijo, con un hilo de voz: "Yo no volteo esa vaina. Juan Carlos, hágale usted". Nancy, mi esposa, perfecta conocedora de mi cobardía, no necesitó escuchar más y se agachó para dar vuelta a la carta. El par de segundos que mi esposa necesitó para ejecutar la operación se me hizo un siglo, durante el cual Bucaramanga entera se resumió en la imagen dolorosamente nítida del diseño azuloso de la carta y en un denso zumbido que me tapaba los oídos. Todo concluyó cuando, con alivio comprobamos que se trataba del rey de oros de la baraja española. Quedaba claro que ninguno de nosotros tendría que reunirse con los Garnica, cuya cálida tumba de tabaco había sido trocada por quién sabe qué bodega o agujero de inhóspito anonimato.

Solo cuando bajábamos del terraplén hacia la acera que bordea la calle 45 se me ocurrió pensar que, a ciencia cierta, no sabíamos cuál era la carta que señalaba al verdugo en el rito de los masones, de modo que no dejaba de ser posible que esa función se atribuyera por intermedio de una baraja española, y que fuera precisamente el rey de oros la figura fatídica (aunque se antojaba más verosímil que al ejecutor le correspondiera el rey de espadas o el de bastos). En resumen, era plausible que Nancy tuviera que ajusticiar a algún jugador desventurado, una tarea que resultaba tan angustiante como el mismo hecho de ignorar olímpicamente quién era el cordero del sacrificio. Lo olvidé todo cuando, nada más tocar la acera, hicimos un nuevo descubrimiento; uno tan contundente y terrible como el que acabábamos de efectuar en la base del obelisco: sobre los adoquines había un reguero alargado y espeso de sangre seca. El dibujo total se traducía en una especie de herradura estrecha y desigual cuyo más largo extremo se perdía en la mitad de la carrera novena, justo en la dirección en que, dos cuadras más arriba, se levanta la sede de la Cruz Roja. Gonzalo, visiblemente sobrecogido, llamó la atención sobre la forma de las salpicaduras y nos compartió una conclusión desoladora: "Esto es de una puñalada en el corazón. Este pisco se murió, ¡mierda!". Era tan visible la consternación de nuestro amigo que Nancy y yo sacamos en claro —como lo hicimos esa noche sentados en el bar del hotel— que nada de lo acontecido ese día había sido preparado por él, quien perfectamente era capaz de urdir un plan semejante nada más que para garantizar nuestra diversión, pero era obvio que también el ingenioso escritor se sentía burlado por la caprichosa sucesión de hechos.

Bajo ese sol de mediodía, quién sabe si por la visión de la sangre o simplemente azuzados por el cansancio, decidimos abandonar el viaducto y buscar un buen almuerzo. Sin renunciar a la idea de mostrarnos las cosas típicas de Bucaramanga, Gonzalo nos llevó a un restaurante del barrio Álvarez famoso por sus platos de carne oreada y cabro asado con pepitoria. A pesar de su indiscutible magnificencia, la comida no pudo borrar de nuestras cabezas la conciencia de que habían quedado muchos cabos sueltos al término de la pintoresca aventura masónica. Sin embargo, Nancy y yo sabíamos que no era a nosotros a quienes correspondía atarlos; esa obligación le tocaba en turno a Gonzalo, quien ahora no solo podía si no que debía escribir la quinta novela de su saga. Ese libro futuro bien podría empezar con la pregunta que nuestro amigo lanzó a la mesa cuando apuró el último bocado de su cabro: "¿Quién jalaría la carta de la reina de corazones negros, allá en el obelisco?". ☺



Luis Alfonso Marroquín, El profe (Fragmento)



"Profe, ¿cómo le ha ido?", lo sorprendí al saludarlo mientras dirigía un entrenamiento. Me sonrió y a punto de darme la mano se detuvo para señalarme a un niño afro, de unos diez o doce años, que amagaba sin parar ante su oponente hasta que se cayó, muerto de la risa. "Eso es pura ginga", "Profe, ¿pura qué?", "Los brasileños llaman a eso ginga, maliicia", me dijo con acento portugués. "Sin ir más lejos, eso era John Jairo Tréllez, por naturaleza". Sus insólitas definiciones no paraban de maravillarme. La primera vez que nos vimos había definido a Leonel Álvarez como un gran representante de la agonística; así lo dijo, muy ceremonioso, como si en vez de referirse a un volante de marca me estuviera hablando del cofundador de un movimiento filosófico. "Quienes tuvimos el privilegio de ver entrenar y jugar a Leonel nos dimos cuenta de que era un luchador sin límites, con el umbral del aguante y el dolor muy altos"; y un rato después, me dijo que René Higuita era ataraxia. A duras penas logré repetir la palabra un par de veces; era la primera vez que la oía. "Busque ataraxia en el diccionario y verá que tengo toda la razón", me dijo muy serio, con voz retadora, mientras tomábamos gaseosa en La tienda de Pedro, una pequeña cafetería del Paseo Comercial La Mota, a la que va casi todos los días. No me aguanté y de una busqué su significado. Ataraxia: estado de ánimo que se caracteriza por la tranquilidad y la total ausencia de deseos o temores. "Dígame si esa palabra no explica cómo jugaba Higuita".

Juan Guillermo Romero
Tomado del libro *De ida y vuelta*
80 años de historias
Liga Antioqueña de Fútbol

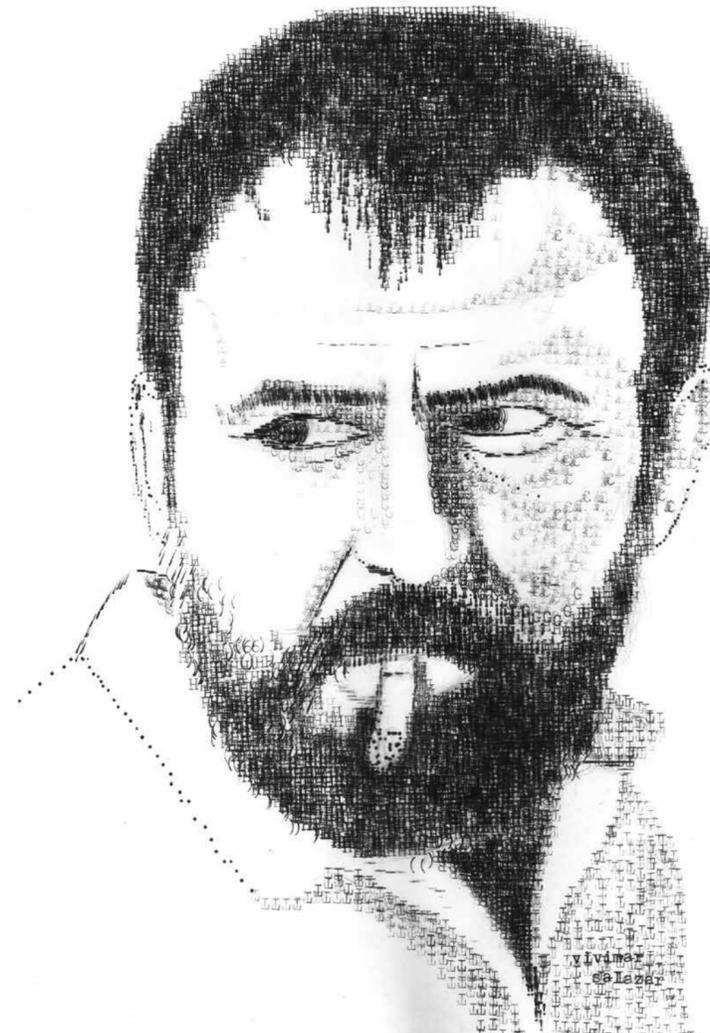
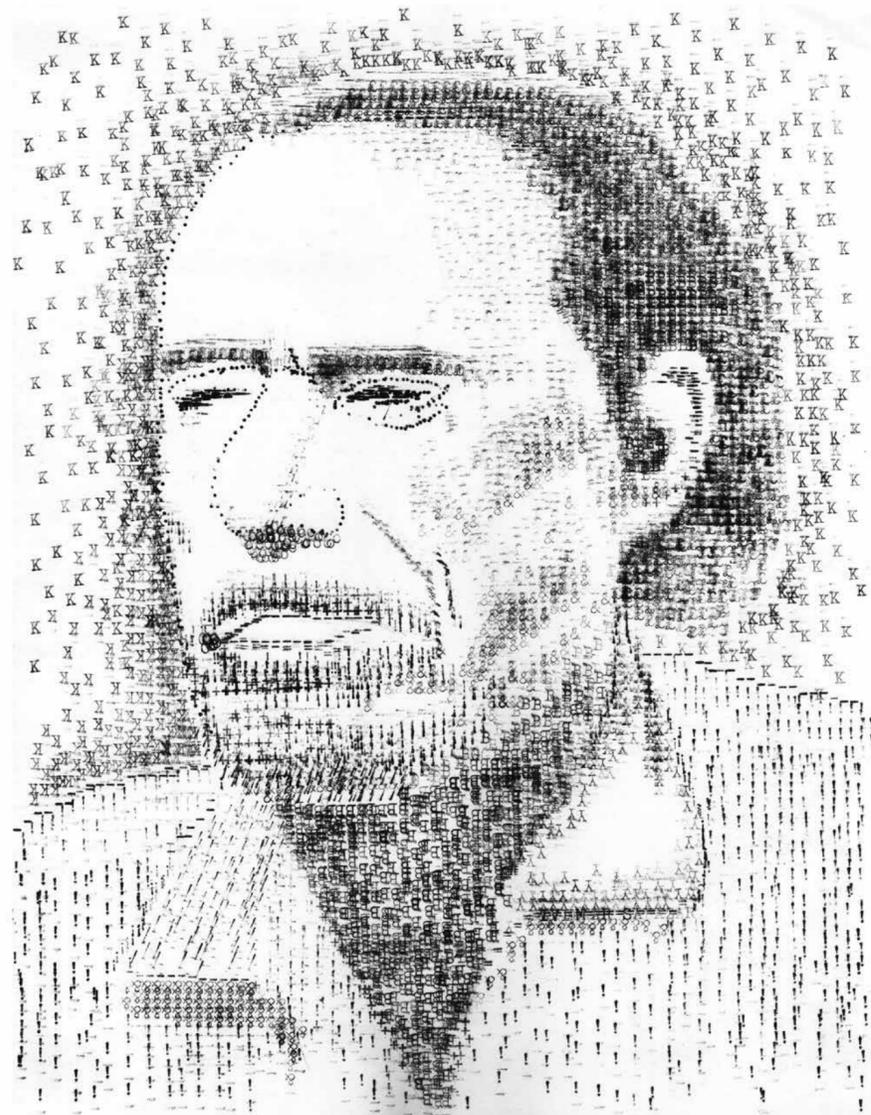


El libro *De ida y vuelta* fue escrito y editado por Universo Centro para la Liga Antioqueña de Fútbol en sus 85 años.



Puntos de venta:

Liga Antioqueña de Fútbol / Calle 50 No. 71-201
Bar El Guanábano / Carrera 43 No. 53-21
Grammata Textos / Calle 49B No. 75-33





Alud familiar

A la memoria de Juan Gilberto Arango, mi tío Beto

por JUAN FERNANDO RAMÍREZ ARANGO

Ilustración: Elizabeth Builes

1. Palíndromos

Mi mamá le pidió a mi novia que viviera con nosotros. Era su forma de agradecerle. Sin la ayuda de mi novia, mi mamá no hubiera superado el cáncer de tiroides. Mi novia es microbióloga, y solo una persona así, formada en la disciplina de innumerables protocolos de laboratorio, podía seguirle el ritmo a un tratamiento en casa con I-131, con el rigor que demanda el yodo radioactivo. Mi novia aceptó y, desde esa fecha, ella y yo vivimos en unión libre. El compás de nuestra convivencia en pareja lo marcó la evolución de mi mamá. El médico nos lo había advertido: “Las hormonas de tu mamá están desequilibradas y no hay forma de predecir en cuánto tiempo se estabilizarán, ni en torno a qué estado de ánimo. Paciencia es la palabra clave”. Así, como si fueran un ciclo de vida común y corriente, las hormonas de mi mamá no se estabilizaron hasta que recorrieron tres estados de ánimo distintos. Primero fue la euforia y, con ella, vino un optimismo redundante. La mejor forma de describir esa etapa inicial es a través de un capricho. A mi mamá se le metió en la cabeza que mi cama era muy angosta para una pareja joven, y que esa estrechez no era buen augurio. Quiso comprarnos una cama que se ajustara a las dimensiones de un colchón *super king*, pero el cáncer había dejado sus cuentas al borde del saldo en rojo. Entonces se le ocurrió que podía matar dos pájaros de un tiro. Contrastó los dos problemas ajenos que más la agobiaban y encontró una solución óptima. El otro problema también tenía que ver con una cama. Resulta que mi tía Ana, la hermana mayor de mi mamá, en su momento socia mayoritaria de Discos Victoria y de La Feria del Disco, o sea una multimillonaria

venida a menos por culpa de la era digital, en bancarrota, ya no quería compartir su cama doble con mi primo Otoniel, su hijo menor. Oto no soportó el salto abismal de rico a pobre y, luego de cruzar el peor conducto regular que abre la marihuana, llevaba seis o siete años entregado a la heroína. Su sangre estaba tan congelada, sus venas tan maltrechas, que difícilmente le podía seguir el rastro. Presenciar ese espectáculo inverosímil, donde los errores casi que igualaban la línea de los ensayos y un piquete exitoso era sinónimo de esplendor, colmó la condescendencia de mi tía Ana. Todas las tardes le lloraba a mi mamá por teléfono, mientras Oto disfrutaba su larga siesta yonqui, potenciada con veinte amitriptilinas. Hasta que un día, en medio del llanto de su hermana mayor, a mi mamá se le prendió el bombillo. Era una solución que había visto en su nuevo canal de cabecera, Casa Club TV había destronado a Film and Arts. Simplemente, dividir la habitación que compartían mi tía Ana y Oto, instalar un *drywall* entre ellos. Como la cama doble ya no cabía en la habitación bifurcada, mi mamá se las cambió por dos sencillas, gemelas, la mía y la de mi hermano, que se había emancipado meses atrás. Esa noche, no bien mi novia y yo llegamos de la universidad, mi mamá nos dio la sorpresa, nuestra primera cama matrimonial. Los ojos de mi novia reflejaron mi primera impresión, la cama era horrible. Mi mamá dijo que mi tía Ana la había importado de Inglaterra en 1984, y que ese estilo, el *shabby chic*, estaba de moda nuevamente. Yo la revisé por todos lados en busca de algún daño estructural, pero estaba sólida como un monolito. Sin embargo, la destendí y vi algo sospechoso: mi mamá había puesto tres sábanas, una más que de mi mamá, en su momento socia mayoritaria de Discos Victoria y de La Feria del Disco, o sea una multimillonaria

Volteamos el colchón y Oto también lo había cometido por ese lado. Aunque mi novia diga que no, eran, prácticamente, la misma mancha automática, cortazariana, el mismo dibujo gerontológico al frente y al reverso... Ese debe ser uno de los momentos en que más he reprimido mis lágrimas. Las reprimí por mi mamá.

2. Nada

Mi mamá ya no llora. Otro daño colateral de su tratamiento con yodo radioactivo, que bloqueó la hormona que inspira el llanto, la adrenocorticotropa, palabra que nunca se me va a olvidar, porque está a un puñado de letras de la más larga del DRAE, electroencefalografía. A propósito de diccionarios y de curiosidades, mi mamá ni siquiera lloró cuando falleció el tío Beto, su hermano mayor, de quien heredó el gusto por la lectura y los crucigramas. El tío Beto es el lector más voraz que he conocido. Leía bajo presión, acosado por el llamado de su mayor enfermedad, la ludopatía. Lo hacía en las mañanas, en las bibliotecas del centro, tres o cuatro libros a la vez, y, al final, como para ir afinando su suerte, llenaba algún crucigrama. El resto del día lo pasaba en un casino de la Avenida Oriental con la 47. Allí, principalmente, jugaba para otros, en las tragamonedas. Si ganaba, le correspondía un cinco por ciento del premio. Si perdía, el administrador del casino cumplía su palabra, no le cobraba los tintos ni los cigarrillos. Ese era el pequeño mundo del tío Beto, sobre el que giraba su estilo de vida, *way of life* que se salió de órbita la madrugada que no pudo orinar. Mi novia y yo lo acompañamos a urgencias. Lo recogimos en la puerta del inquilinato, cerca al Parque Obrero de Boston. Se veía mejor que nunca, con su larga barba de siempre, y sus eternas camisas de dos bolsillos, codificadas así: en el derecho una

libreta telefónica viejísima, de los tiempos en que se usaba el verbo *discar*, y un lapicero, y en el del corazón sus infaltables Pielroja sin filtro. No bien me vio, antes de subirse al taxi, me dijo: “¿Nada?”. Y yo le respondí: “Nada”. Se refería a una película alemana que vimos juntos, en la mejor época de Teleanioquia, cuando estaba colonizada por Transtel. La película la sintonizamos en algún punto anterior al nudo argumental, no contaba con actores conocidos, pero nos gustó mucho, era mi primer final abierto. Esperamos los créditos de cierre, pero Teleanioquia no los transmitió, entonces nos quedamos sin saber el título de la película. Ni Luis Alberto Álvarez y su caótico archivo de más de doscientas carpetas, ni la era de Google, el buscador usurpador, han resuelto ese misterio.

3. No futuro

No sabía cómo decirle a mi mamá que, después de no haber ejercido mi primera carrera, la Economía, ahora iba a desertar de la segunda, con la tesis lista y faltándome apenas un seminario por aprobar. Era un seminario de literatura colombiana, pero, según el programa, tres unidades, un 75 por ciento del curso, estaría dedicado a la vida y obra de GGM. Era como revivir mis peores pesadillas de bachillerato, cuando, año tras año, me obligaban a leer a ese autor, mi mayor *bully* del colegio. Mi tesis inédita es acerca de *Rodrigo D.*, el leitmotiv: por qué es una película de culto. Víctor Gaviria la leyó y tuvo la enorme generosidad de escribirme un prólogo, en donde, entre otras cosas, me nombra el mayor experto en su ópera prima cinematográfica. Ni siquiera ese guiño de uno de mis ídolos, me animó a enfrentar al *bully*, esa vez en cuerpo de tres cuartos de seminario. Entonces deserté, como en *coitus interruptus*, abandoné la filología

en el último instante. La reacción de mi mamá no fue la que yo esperaba. Me llamó *wanna be*, y, desde ese día, solo me habla en inglés. Con lo que quedamos in-comunicados, porque, si bien mi oído es poliglota, mi lengua sufre de mamiitis, no se despegaba de su lengua materna, y yo no soy capaz de contestarle en español. Me llamó *wanna be* para señalar que, siguiendo los pasos del tío Beto, lo más probable es que yo vaya en camino a perderciarme mi vida. Ese paralelismo lo proyectó en su mente cuando se reencontró con el único amor que tuvo el tío Beto. Margarita fue lo más imprevisto de las exequias de su primer novio. Antes de que alguien la reconociera, ella me abordó a la entrada del cementerio de San Pedro. Margarita dijo que yo era la fiel estampa del tío Beto en sus veintes, de su etapa anterior a la barba. E incluso creyó que no era el sobrino, sino el hijo. Yo le dije que no, que yo era el hijo de Luz Helena. “¿Dónde está?”. Le expliqué por qué mi mamá no había ido. Y, para evitar que mi explicación desembocara en algún silencio incómodo, le presenté a mi novia. Los tres caminamos hacia la capilla del cementerio, nos distanciaba una alameda. Ante la ausencia de mi mamá y de mi tía Ana, esa tarde mi novia representó el papel de la doliente, y a todos los desconocidos que se acercaron a darnos las condolencias, les hizo, más o menos, el mismo cuestionario. Una de las preguntas era cómo supieron o quién les avisó. Margarita dijo que se enteró por un grupo de Facebook que reúne a antiguos miembros de la Ojun, Organización de Juvetudes Unidas, donde conoció al tío Beto. El tío Beto recaló en ese grupo juvenil por culpa de su síndrome de abstinencia, cuando supo que uno de sus integrantes, un tal Ramiro, tenía una buena provisión de Pielroja. Corría 1967 y una

larga huelga en Coltabaco había provocado la escasez de esa marca. Ramiro era hijo de uno de los huelguistas, un huelguista previsor. En la Ojun, el tío Beto se obsesionó con una tal Carmenza, pero se quedó con Margarita porque sus pies eran más bonitos que los de Carmenza. El tío Beto era un fetichista de pies, lo era para contrarrestar la fealdad de los suyos, deformes a causa de la gota. Mi novia, Margarita y los demás entraron a la capilla. Yo me quedé afuera, meditando, pensando por qué he definido a muchos de mis personajes a través de un fetiche y de una contradicción mayor. Concluí que, partiendo de esa combinación de factores, el tío Beto y yo seríamos como círculos concéntricos. Ambos fetichistas de pies y ambos pertenecientes a la especie más rara de lector voraz, aquella que no es bibliófila ni bibliómana, que no acumula ni colecciona libros, solo los engulle. A la salida, antes de que ingresaran al tío Beto al horno crematorio, le dimos un último vistazo. Margarita no pudo contener las lágrimas al ver lo mal que había envejecido, ella aún tenía curvas de MILF, en tanto que su primer novio parecía más un habitante de la calle, sobre todo porque los de la funeraria de turno decidieron cortarles la barba, con la que ocultaba su rostro desdentado. Yo lloré de la única manera en que puedo hacerlo desde entonces, intentando dibujar una sonrisa. Aquella sonrisa la jalonó una gran verdad: nadie conoció la esencia del tío Beto tanto como yo. Su esencia aludía al sentido más oculto de la frase más citada de Yourcenar, tan oculto que por poco la convierte en paradoja: “Una de las mejores formas de conocer a alguien es ver su biblioteca”. De ahí que el tío Beto hiciera lo que nunca le perdonaron sus hermanas, mi tía Ana y mi mamá, vender la legendaria

biblioteca que le heredó Juan Arango, mi abuelo materno, y apostarle todo a su ludopatía, la enfermedad del azar.

4. Posdata y post mortem

Margarita visitó a mi mamá. Y creo que se llevó una justa versión de los últimos años del tío Beto. Yo la acompañé hasta la portería del edificio. Antes de despedirse, me entregó un sobre de manila. Eran las cartas que le escribió el tío Beto, remitidas durante el noviazgo y en un período posterior a la ruptura. Estas últimas son las más interesantes, pues son como la *road movie* de un despechado, escritas mientras el tío Beto se desempeñaba en el primer y único trabajo formal de su hoja de vida: impulsor de ventas de textiles Caribú para la Amazonía colombiana. Esa aventura salvaje, inverosímil para un cultor del Centro de Medellín, no superó los cinco años, y el tío Beto la describe magistralmente en una de sus peores cartas: “Preferiría vender biblias en el salvaje oeste. Debí haber renunciado el primer día de inducción, cuando nos informaron la fecha de nacimiento de Caribú, el 9 de abril de 1948, horas antes de que estallara El Bogotazo”. Yo no sé si el tío Beto era muy afín al Gaitanismo, pero sí era liberal disidente, alérgico a las urnas, y esa era su forma de decirle a Margarita que había aceptado ese trabajo para olvidarla, o, en el mejor de los casos, para que su ausencia la hiciera recapacitar. El noviazgo entre el tío Beto y Margarita fue como un eco de La Violencia, una relación politizada desde afuera, siempre amenazada por el papá de la novia. El papá de Margarita era laureanista, y no veía más allá de su caudillo, a tal punto que consideraba voluntad divina

una simple coincidencia burocrática, transatlántica, que el número de cédula de Laureano Gómez y de Francisco Franco fueran el mismo, el privilegio número 1. El papá de Margarita le dio el aval al noviazgo de su primogénita, el visto bueno acompañado por un gran asterisco rojo, simplemente porque el tío Beto era hijo de un conservador más encumbrado, de mayor alcurnia. Todo iba bien hasta que el tío Beto y su familia viajaron a Bogotá para hacer realidad el último deseo de un pariente moribundo: tener una fotografía panorámica de todos los Arango, reducir las ramas vivas de su árbol genealógico a las dos dimensiones de un organigrama. Después de la foto el tío Beto se fue de jerga con los Arango de Pereira, los Arango masones. Yo no sé si lo afiliaron a su logia, pero lo que ocurrió en la madrugada, como colofón del último trago de aguardiente, tiene todos los visos de un ritual de iniciación. Se colaron al Cementerio Central y el tío Beto orinó la tumba de Laureano Gómez. ¿Cómo llegó esa micción a oídos del papá de Margarita? No se sabe, pero ahí terminó el noviazgo, y Margarita no quiso escaparse con mi tío a la Amazonía colombiana. Sea lo que fuere, detrás de tres momentos decisivos de la vida del tío Beto estuvo su ácido úrico: 1) Causando la gota que provocó su fetichismo de pies, parafilia que lo llevó a elegir a Margarita por encima de una tal Carmenza. 2) En la micción que profanó la tumba de Laureano Gómez, y que supuso el final de su relación con Margarita. 3) En el mal de orina que obligó a que lo sondaran, y en la infección intestinal por el mal manejo de la sonda que lo llevó a la muerte. Al contrastar 2) y 3), ¿sacan ustedes la misma conclusión que yo? ☹



El Niño que ayudamos a crecer

por ALEXANDER CORREA-METRIO*

Ilustración: Tobías Arboleda

El Niño consiste básicamente en un calentamiento extremo de la zona oriental del Pacífico tropical, cerca de las costas de Suramérica. Ese calentamiento ocasiona anomalías en la circulación atmosférica a nivel planetario, cuya principal consecuencia es una redistribución de las lluvias en las zonas continentales. La duración e intensidad de la sequía en Colombia durante El Niño depende de la severidad de la anomalía oceánica, la cual durante las últimas décadas se ha podido monitorear con mucha precisión gracias a la tecnología satelital.

El calentamiento de las aguas oceánicas produce un aumento en su volumen y en consecuencia, la superficie del océano se eleva unos cuantos centímetros. Gracias al monitoreo satelital de la Nasa sabemos que el área "levantada" en el Pacífico en el mes de enero de este año es de unos seis millones de kilómetros cuadrados aproximadamente, casi el doble de la registrada en 1998, lo que posiblemente implica un fenómeno con consecuencias más graves para la zona continental, es decir, una sequía peor.

Otro parámetro que se utiliza para evaluar la intensidad del fenómeno es qué tanto se calienta en promedio el área oceánica afectada por El Niño, y en 1997 (año del fenómeno más fuerte desde que se tiene registro instrumental) ese calentamiento fue de 2.3 grados centígrados por encima del promedio. Hoy tenemos un calentamiento de la misma magnitud (con un promedio tomado entre noviembre de 2015 y enero de 2016), pero según las predicciones podríamos superar esa marca en el actual trimestre, entre diciembre de 2015 y febrero de 2016.

Alimentando a un gigante

Existe evidencia geológica que sugiere una mayor incidencia de El Niño bajo temperaturas globales más elevadas. Dado que en la actualidad estamos atravesando justamente por un proceso de calentamiento global, la ocurrencia de dicho fenómeno, aunque impredecible, es mucho más probable. Y el calentamiento no es precisamente un asunto del azar, es una consecuencia directa de la devastación humana de los sistemas naturales. Hace poco visité mi pueblo natal al norte de Antioquia y a simple vista se puede observar que las montañas donde antes había bosques de niebla, hoy solo tienen potreros improductivos y matorrales de lo que mi abuela llama helecho marranero. Digo esto porque los sistemas naturales tienen capacidad de recuperarse frente a disturbios climáticos naturales como lo es un fenómeno de El Niño cada tres o siete años, que se supone es su ciclo natural, pero cuando la presión es constante y de la magnitud que han sido la deforestación y las explotaciones agroindustriales y mineras en Antioquia, en Colombia y en toda Latinoamérica, hay un punto de quiebre a partir del cual no

hay vuelta atrás. Y creo que los bosques de niebla de mi pueblo cruzaron ese punto hace rato.

La historia de El Niño

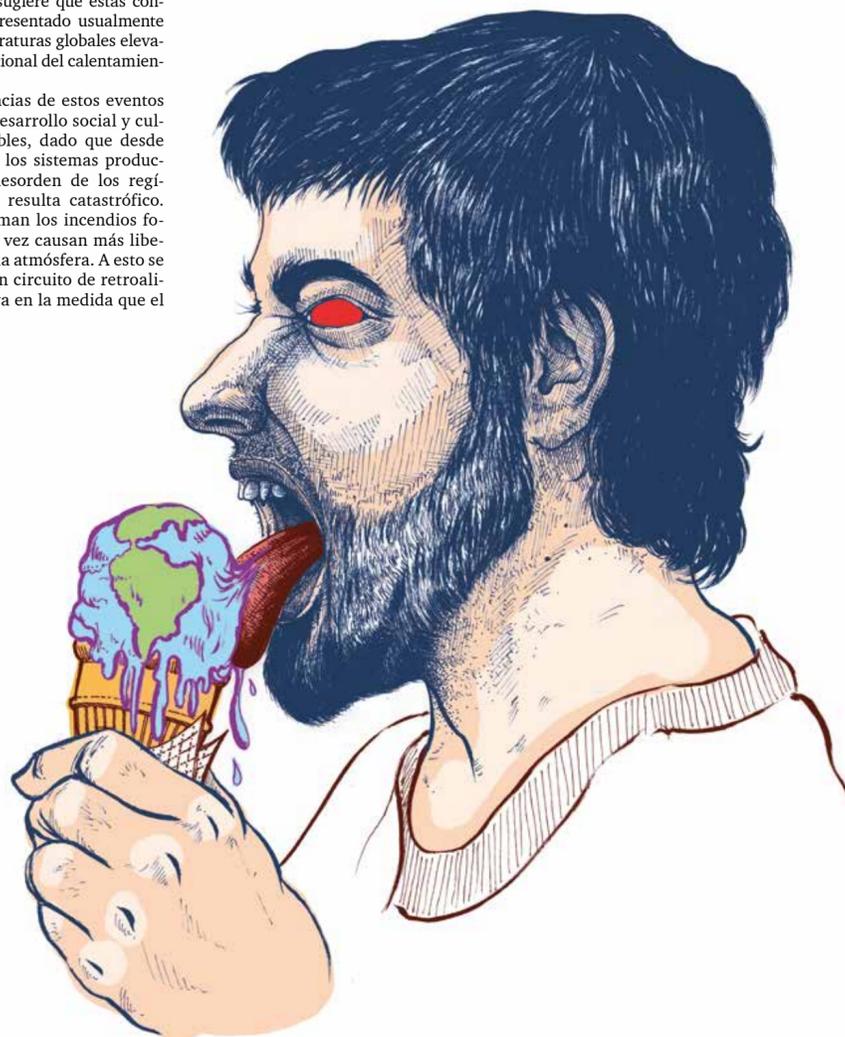
Como decía antes, la fuerza de El Niño se mide por el grado de calentamiento promedio del Pacífico tropical. Cuando este cuerpo de agua alcanza temperaturas de 0.5 grados centígrados por encima del promedio, se considera que se ha desarrollado un fenómeno de El Niño; si el aumento de temperatura está por encima de los 1.5 grados se le conoce como un evento fuerte o Mega Niño. Otra cosa son las condiciones permanentes de El Niño: se trata de periodos, desde lustros hasta siglos, en los cuales El Niño es el modo climático dominante, es decir, años consecutivos bajo El Niño. La evidencia geológica sugiere que estas condiciones se han presentado usualmente asociadas a temperaturas globales elevadas; un riesgo adicional del calentamiento que vivimos.

Las consecuencias de estos eventos en términos del desarrollo social y cultural son inevitables, dado que desde la perspectiva de los sistemas productivos cualquier desorden de los regímenes de lluvias resulta catastrófico. A la sequía se suman los incendios forestales, que a su vez causan más liberación de gases a la atmósfera. A esto se le conoce como un circuito de retroalimentación positiva en la medida que el

efecto (liberación de CO2) potencia la causa (mayor calentamiento del planeta y como consecuencia mayor probabilidad de desarrollo de condiciones para la ocurrencia de El Niño), imagínense entonces cómo parar ese tren.

El asunto puede ser de vida o muerte. Los antropólogos reportan reducciones muy importantes de las poblaciones humanas en la Amazonía asociados con Mega Niños que ocurrieron aproximadamente en los años 500, 1000, 1300 y 1600 de nuestra era. También los recorridos humanos pueden cambiar bajo la influencia de esos Niños extremos. La llegada de migrantes polinesios a la Isla de Pascua alrededor del año 1000 de

nuestra era, al parecer estuvo asociada a un cambio en la circulación del viento causada por el Mega Niño de ese año. Esos Mega Niños que reportan los antropólogos dejaron a vastas regiones del norte de Suramérica y el sur de Centroamérica en largos periodos de intensa sequía que causaron desde transformación de bosques en sabanas hasta el colapso de grupos culturales tecnológica y socialmente establecidos. Y para no ir ni muy atrás ni muy lejos, algunos analistas sugieren que la caída del gobierno de Alberto Fujimori en Perú, independientemente de cualquier acusación que se le hiciera, fue el resultado de la recesión económica causada por El Niño en



1997/1998; muchas cosas se perdonan, menos la escasez de agua, o el exceso en el caso de las costas peruanas.

Dada la incertidumbre respecto a las predicciones de los modelos climáticos globales, es difícil en este momento estimar la posibilidad de que se desarrollen condiciones similares en el futuro cercano. Lo que sí es cierto, insisto, es que bajo el escenario de cambio climático que enfrentamos se va a dar una mayor probabilidad de ocurrencia de condiciones climáticas extremas, tanto para El Niño como para La Niña.

Independiente de las consecuencias en el corto plazo, como la escasez de agua por la que atravesamos, el desarrollo de estas condiciones extremas plantea un dilema moral: muchos de los cambios ambientales que se están presentando son consecuencia de las actividades humanas y van a redundar en la desaparición masiva de especies. Muchos científicos afirman que estamos atravesando una extinción a gran escala cuya dimensión solo ha sido experimentada en la Tierra en cinco ocasiones en los últimos quinientos millones de años. El punto es que, aunque pudiéramos sobrevivir como civilización, estamos condenando a la desaparición a miles de especies que también pertenecían a este planeta, y estamos privando a las generaciones futuras de los beneficios potenciales de la existencia de dichas especies.

Predicciones climáticas

Para los próximos dos meses se espera que los efectos de El Niño se intensifiquen, es decir, persistencia de calor y sequía en Colombia, para debilitarse hacia abril y mayo. Sin embargo, existe mucha incertidumbre con respecto a las predicciones en términos del desarrollo del fenómeno y su recurrencia. La evidencia histórica sugiere que El Niño tiene un tiempo de retorno natural de entre tres y siete años, aunque la evidencia geológica muestra que se han presentado periodos durante los cuales El Niño estuvo presente casi cada dos años (por ejemplo al rededor del siglo X). También se ha demostrado que durante periodos con temperaturas globales un par de grados centígrados más elevadas, se dieron casos de hasta seis años consecutivos en los cuales El Niño fue el estado habitual del sistema climático. Pese a esa incertidumbre, el reporte científico de 2013 sobre cambio climático, que se supone es la base para las decisiones que toman los gobiernos respecto al tema (los gobiernos nos dan dinero para investigar y después no escuchan nada de lo que decimos), permite afirmar con un alto grado de confianza que en las próximas décadas El Niño seguirá siendo el agente más importante de variabilidad climática interanual.

La consecuencia más obvia del fenómeno de El Niño es la disminución dramática de la precipitación, la cual es muy grave para la sociedad dado el desabastecimiento de agua para consumo, agricultura y producción de electricidad, y un aumento sustancial en la cantidad de incendios. De particular importancia son los efectos que este asunto tiene sobre los ecosistemas, la presencia de condiciones climáticas irregulares genera mucha presión sobre las poblaciones autóctonas. Se supone que los ecosistemas están en equilibrio con el clima, y en la medida que El Niño ha sido parte de la variabilidad climática del planeta por lo menos durante los últimos seis mil años, entonces no se supone que debería representar una amenaza sustancial. Sin embargo, el problema es que la presión que ejerce la sequía prolongada se suma a factores de estrés ecológico que antes no estaban presentes y que se han convertido en elementos crónicos. El principal y más grave es la fragmentación y simplificación del paisaje por parte de las actividades humanas que se desarrollan con poca o ninguna planificación. Entonces, a los efectos obvios sobre las poblaciones humanas, se suma la contracción y posible desaparición de poblaciones y ecosistemas, y la vulnerabilidad a las plagas y enfermedades dadas esas condiciones extraordinarias de estrés.

Qué hacer

En términos de la defensa de la biodiversidad es muy importante el establecimiento de áreas efectivas de conservación. La subsistencia de la biodiversidad es la salvaguarda del patrimonio colectivo, sea tangible o intangible. En términos de lo social, la mejor manera de ayudar es modificar los hábitos de consumo: hay que tratar de discernir sobre todo lo que consumimos en la cotidianidad, pensar qué parte es prescindible, y prescindir de ella. Es importante consumir menos plástico, reciclar, usar menos el auto particular, entre otras medidas que por mínimas que sean, cuando se suman en un esfuerzo colectivo resultan significativas. Por último, es necesario un ejercicio informado y consciente de la política con respecto a lo ambiental. Necesitamos gobernantes que se involucren con los temas ambientales y que incorporen entre sus prioridades la promoción del uso responsable de los recursos naturales; no podemos seguir apoyando como sociedad a los políticos que privilegian el interés económico individual y corporativo sobre los intereses ambientales colectivos. ©

*Investigador del Instituto de Geología de la Universidad Nacional Autónoma de México. Experto en la evolución del clima y los ecosistemas tropicales durante el último millón de años.

En el Parque de los Deseos existe un planeta (Kaldi) y es delicioso ...



Empanada Argentina Pascualinas

Almuerzo sano, natural en la sede del Planetario

Visítanos: Planetario de Medellín, entrada principal
Tel: 263 2511 / Repostería y panadería natural, cafés de origen.

Carlos E Restrepo / Tel: 260 1355 calle 53 # 64A 31



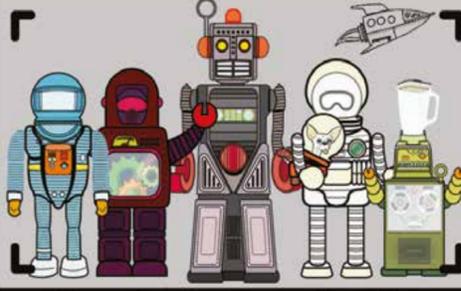
Asalar a trigo y acarra de café



El Túnel
Café y Cocina

Lunes - Sábado
12:00 m. a 10:00 p.m.
Cra 42 #54-62
Teléfono: 2396536

www.cohete.net



15 años desarrollando negocios digitales

Patricia Fuenmayor

Asesora en seguros
Tel. 321640 2928 - 260 2300
patfuenmayor@hotmail.com

Camarera

por JHON ISAZA

Ilustración: Samuel Castaño



En Salzburgo hay quienes murmuran una historia atroz. Sucedió en marzo de 1975. Todos en el bar estaban en lo suyo y nadie vio ni escuchó entrar a Ofner. Aunque dicen que si la gente no hubiera estado en lo suyo, seguramente tampoco hubiera visto ni oído entrar a Ofner. Quizá fue eso lo que enamoró a la camarera, aunque dicen también, y ella lo confirmó como pudo, años después, que fueron sus manos de porcelana lo que la dejó sin aliento. El padre de Ofner las pulió con férrea disciplina: “Serás como Mozart, o no serás”. Y es por eso que veinte años después de un odio alimentado día a día, Ofner, profesor de piano en la Escuela de artes para infantes de Salzburgo, vagaba siendo nadie.

“No quiero una mujer común”, dicen que decía Ofner a la camarera desnuda y enamorada. Confundida y desesperada por temor a perder el tacto de las manos de Ofner, se plantó frente al pianista para infantes y le dijo:

—¿Qué quieres que haga entonces?

—Córtate una oreja, si se te antoja —respondió Ofner, y salió del sucio piso, lamentando que ni siquiera eso la haría diferente.

A la mañana siguiente el pianista recibió un pequeño paquete delicadamente envuelto, al interior, la oreja pálida y fría y una nota: “Ven cada noche”.

Apareció a la tercera noche, movido más por la curiosidad que por el amor. El corte estaba mal, la cicatrización tomaría tiempo.

—No fue nada del otro mundo —le dijo—, la historia ya registra tontos que han hecho cosas similares por causas similares.

Las palabras de Ofner calaron hondo. La camarera tomó las cosas por lo fácil: primero una falange, luego las otras dos. Después, probando, un poco de piel. En las mañanas en que se sentía más enamorada, pensaba en sorprenderlo con un trocito de carne de esas piernitas comunes que tanto le molestaban. Fue el inicio del amor.

Se ocultaron por buen tiempo. Dicen que de vez en vez se ve al pianista paseando lo que queda de su creación inigualable. Aunque difícilmente los lugareños entienden lo que muge desde su boca sin dientes y con media lengua, dicen que en su único ojo se le notan los destellos de un amor plácido y satisfecho. Al pianista, en cambio, en sus dos ojos se le nota la nostalgia con que ve a las hermosas, clásicas y completas mujeres que lo miran con desprecio. ©

EL TITANIC

Desde la parroquia de Nuestra Señora de los Dolores, sobre la carretera que de Caicedo conduce a La Sierra, se llega a la casa preguntando por El Titanic. En la calle los vecinos responden apuntando con sus dedos hacia la izquierda, en dirección a un camino angosto, y de paso precisan: “Cuando suba y llegue a la esquina, es la que vea más rara”. Desde el parquecito que linda con el Cerro de los Valores, un terreno empinado con huertas comunitarias, se ve la figura de un barco de ladrillo: cuatro pisos de altura, doce metros de lado, ocho metros de fondo y en la esquina más pequeña, su proa, de solo un metro de ancho. Ahí, como varada en el mar de concreto, sujeta por un ancla en forma de escalera de caracol, la casa lleva 32 años en el barrio.

A Israel lo reconoció por el sombrero mientras estaba sentado en el corredor del frente, mirando hacia el granero Karo que se encuentra en el primer piso de la casa. Lo hacía como si estar sentado fuera su trabajo. Lo conocí hace algunos meses en busca de las historias fundadoras de su barrio. Su figura terminó en un libro que ahora ojea con una sonrisa de oreja a oreja, concentrado en la página donde está su foto. Absorto en el libro, le pregunté por la dueña del Titanic.

—¿Doña Luisa?... Ella no vive acá. Vaya pregunte por la Mona —y señaló el granero.

Lo dejé con la sonrisa, pero sin el libro. Me despedí dándole la mano y me fui a preguntar al granero. Detrás de la estantería de leche, jugos, quesos y arepas, una jovencita de pelo negro vendía una gaseosa. Empinada para que me viera, le mencioné lo del libro y lo del Titanic, pero no quiso entrar en detalles. Me dijo que la que buscaba se estaba arreglando y se demoraba, y que mejor hablara con la que recogía la plata, Paola, que vivía en la segunda casa, bajando la esquina, a mano derecha.

Salí de allí y caminé hasta la esquina. Al frente, en un altar a la Virgen, recostados contra las rejas, tres pelados fumaban yerba. Al grupito le dicen los Feos, pero en ese momento ni yo sabía que les decían así, ni ellos sabían que El Titanic era el nombre de la casa que durante años se han tomado poco a poco: la han raspado para sacar el polvo de sus ladrillos, han vendido por partes las varillas de las escalas de caracol, han rayado las

paredes con sus símbolos, se han acostado en colchonetas ocupando los balcones y hasta le han colgado en varias ocasiones, desde la punta del barco hasta el piso, la bandera del Atlético Nacional.

Así que ellos repararon mi libro debajo del brazo y se quedaron parados, susurrando. Fumando. Mientras, yo gritaba desde afuera de la casa que me habían indicado:

—¡Paooola!... ¡Paooola!... ¡Paooola! Pero nadie se asomó.

La vecina de Paola, María, me miró desde la puerta, inquieta, y me hizo señas para que me acercara. Entramos a su casa y el techo descascarado por la humedad quedó sobre nuestras cabezas. Me hizo sentar en uno de los tres sofás azules de su sala amplia, se acomodó al frente, al lado de Manuel, su esposo, y en el marco de la puerta se paró Sandra, su hija. Les conté por qué estaba buscando a Luisa mientras abría el libro en la página donde aparece El Titanic, su cuadra, la historia del barrio.

María tomó el libro y comenzó a hojearlo.

—Luisa se va a enloquecer cuando le digamos que su casa va a salir en el periódico porque es la más rara de la cuadra! —dijo Manuel al escucharme—.

En ese momento llegó Paola. Reunidos en la sala con los vecinos de toda la vida, incluida Luisa, al otro lado del teléfono, esa tarde me contaron la historia que recuerdan de una casa en la Comuna 8 a la que le dicen El Titanic.

En la casa del Titanic vivió la familia Arango Monsalve hasta el año 2004. La familia estaba conformada por Rubén Darío Arango, el esposo, quien murió de cáncer en 1991. Juan Camilo Arango Monsalve, el hijo, 31 años, ahora licenciado en Lengua Castellana. Y María Luisa Monsalve, una mujer activa en el barrio que hacía pesébes, daba regalos de Navidad, invitaba a los niños y niñas a ver películas en el televisor de la sala de su casa y les trataba de hablar de otras cosas, sobre todo de Dios, en una época en la que tenían que meterse debajo de la cama por las balas que se disparaban de morro a morro, o protegerse del asedio de los Bananos, una banda familiar de un padre y ocho hijos que bajaban desde lo alto de La Sierra para atracar a todo el mundo y violar a las mujeres en presencia de los hermanos.

La casa está construida en el terreno de Miguel Ángel Aguirre, el tío político de Luisa que la cuidó como si fuera una

por MARIA ISABEL NARANJO

Fotografía: Juan Fernando Ospina



hija, luego de que su madre, por el hambre y la pobreza del campo, dejara que se la llevaran muy pequeña de Liborina. Fue él quien puso el terreno y ayudó a construir la casa de la mano de sus amigos Julio Grisales y José Rico. Los tres, junto con vecinos y amigos, construyeron esa rareza y las casas de todas sus familias. Por eso Luisa nunca llevó cuentas de los costos, solo sabe que lo poco que le sobraba de los 120 mil pesos que ganaba por su trabajo en el Banco de Colombia, le alcanzaba para ir comprando los materiales que necesitaba la casa.

Era una casa linda, recuerdan, porque Luisa se esmeraba en tenerla muy organizada. Tenía dos pisos y estaba conectada por escaleras internas. En el primer piso había una sala grande, un comedor, un baño y la cocina. En el segundo había dos alcobas, otro baño y el lavadero. El tercer piso vino por necesidad, dos años después del matrimonio. Luego de nueve años y medio Luisa se quedó sin empleo y la solución fue hacer espacio para un almacén en el primero, y pasar las habitaciones de todos

al tercero. Que sacaran la escalera al exterior y que fuera circular para que llegara a todos los pisos fue idea de ella.

El cuarto piso vino mucho tiempo después, cuando estaba viuda y ni su padre ni Julio ni José estaban vivos. Por eso recuerda que tuvo que pagar 25 mil pesos diarios al oficial de la obra, y esa vez hasta le tocó ayudar: compró materiales, limpió el polvo, subió herramientas hasta la terraza, dando pasos de vértigo por la escalera de caracol. Lo único que no pudo hacer fue mezclar costales de arena, pero incluso le dio una mano a las cuatro personas que se necesitan para jalar las manilas y subir el trasteo hasta el último piso del barco. Ese fue, durante mucho tiempo, el cuarto de su hijo Juan Camilo.

Cuando los cuatro pisos estuvieron en pie, los vecinos comenzaron a ver desde la cancha la figura de un barco gigante. “¿Ustedes viven en El Titanic?”, comenzaron a preguntarle. La imagen fue tan estimulante que Luisa pensó en revocarla, pintarla como un barco y poner en la proa una bandera

de Colombia que ondeara con el viento: El Titanic.

Luisa es actualmente la pastora de la única iglesia cristiana que hay en Liborina: Vida Abundante. Antes de partir, dejó todo arrendado: el primer piso, el antiguo almacén, es ahora el granero que administra Ana, la Mona, quien vive desde hace doce años en los dos tercios del segundo piso. El tercio restante es una habitación amarilla de tres por dos metros que sirve de alojamiento para Juan Camilo cuando viene a Medellín. El tercer piso, donde era la habitación de Luisa y Rubén, es desde hace once años la casa de la prima de Paola, Marta Luz, quien pronto se irá también para Liborina. Y el cuarto piso, la proa del barco, es desde hace un año la casa de una familia con un bebé. Ese cuartico con terraza ha sido la casa de muchos, pero la altura produce miedo, y los inquilinos rotan mucho. Aunque sin duda es el mejor de todos, es fresco, hay mucho viento, desde allí se siente el oleaje del barrio. ©

Arriando coca

por PASCUAL GAVIRIA

Ilustración: Cachorro

*Linda coquita de hoja redonda
Eres la única que conoce mi vida
Y lo que lloro aquí en tierras extrañas
Y lo que sufro aquí en tierras ajenas
Copla de los indígenas peruanos*



Un fierro plateado junto al signo pesos adorna la chapa de su correa. En su hombro lo acompaña siempre un poncho sedoso de arabescos, blando, distinto de esos ponchos bien doblados y gruesos de los arrieros paisas. Es la estética que le ha dejado el sur, la herencia de los mercados ecuatorianos, el alarde pasajero de los coccaleros. El sombrero es una ausencia que lo atormenta, una pieza que le recomendaron dejar colgada en la cabecera de la cama para no desentonar en su visita a la ciudad. Se trata de una vuelta de fin de semana en Medellín para sacudirse un poco el monte y tirar los dados en la Mayorista con un viaje de banano traído desde Riosucio, Caldas, uno de los pueblos cercanos a su capote natal. Dayron acaba de pasar una temporada de siete meses en las fincas coccaleras cercanas a Lorente, un corregimiento de Tumaco, el municipio colombiano donde se cultivan diez mil hectáreas de coca, cerca del quince por ciento del total nacional.

En Tumaco desembarcó como el Paisa, un apodo que se ha convertido en una genérica denominación de origen. Traía como carta de recomendación la firma del jefe del resguardo indígena donde vive, cerca al corregimiento de Bonafont en Riosucio. Dayron conoce el arbusto, el peso exacto de las pimpinas de gasolina, el ambiente de selva y enlatados, las vigiliás y los desfogues sucesivos que acompañan a los mayordomos de la coca. Ya se había aventurado dos veces, en Putumayo y Caquetá, a velar los ranchos que desde el aire parecen

simples abrevaderos en medio de los potreros y los cultivos recientes. La selva respira a unos pocos metros. Dayron es un colono por naturaleza, un andariego, un montaraz que recuerda a los hombres de esos cuadros de fonda que disparan a un tigrillo, toorean un avispero y ahorcan una serpiente mientras prenden su Pielroja, todo en una misma escena que transcurre en la rama de un árbol. Un hombre no apto para las quietudes cafeteras.

No todo es ambición en los viajes de quienes se enmontan en zonas coccaleras, también está el encanto de las fronteras, el dulce anonimato de las fiestas al borde del río, el silencio de las cacerías nocturnas. Dayron llegó a la finca con una pareja, un amigo y su esposa, pero luego de dos semanas la coca enfermó a sus compañeros, “les cayó la alergia, se hincharon todos y les tocó echar pa atrás. El que es dulce pa eso no más con mirarla”. Una enfermedad es la única manera de irse sin cumplir el contrato pactado o los tres meses que son la mínima estadía en la zona. Para salir antes de los siete meses convenidos la pareja debió tramitar la autorización del jefe. Los hombres de las Farc que circulan en la zona hacen de “inspectores de trabajo”, nadie sale sin que los capataces de las fincas entreguen una razón para girar el torniquete que maneja la guerrilla. Ahora estaba solo para manejar la finca y los cinco trabajadores permanentes, y no había “guisa”, de modo que el dueño de las fincas llegó con una inquietud: “¿Paisa usted tiene mujer?”. Dayron dudó la respuesta, tiene un hijo de tres años y sabía que

su esposa no comparte su gusto selvático, pero ese tartamudeo se convirtió en un sí y tres semanas más tarde su esposa y su hijo estaban viviendo bajo el mismo toldillo cerca del río Mira.

Desde el comienzo estaba claro que él no iba a raspar, que iba por contrato, a cobrar sus treinta mil pesos diarios por manejar el machete, fumigar cuando tocara y hacer su trabajo preferido, arriar las mulas con la remesa, la gasolina y demás ingredientes para los “químicos”: “A mí no me gusta raspar, yo veo la coca y me da escalofrío, eso se le mete a uno entre las uñas, raya los dedos, no no no”. La economía familiar sumaba entonces los cuatrocientos mil pesos mensuales de la mujer de Dayron por cocinar para los cinco trabajadores de diario y para los treinta raspachines que llegaban cada dos meses para la cosecha, y se quedaban cerca de dos semanas trabajando en los cultivos; más los cerca de novecientos mil mensuales que recogía Dayron con su trájín de arriero con cuatro mulas entre la finca y la orilla del río Mira. El hijo no recibió un peso por las ráfagas que, con una escoba, soltaba cada tanto sobre las avionetas que hacen la cartografía anual de la ONU de los cultivos ilícitos en Colombia. Y tal vez no olvidará el sabor de la sangre de gurre que sirvió de remedio para sus gripas.

El testamento del Paisa hizo que dos de sus mulas respondieran a los nombres Canela y La Negra. En las primeras dos semanas Dayron alimentó a su flota con miel de purga, mogolla y pasto corrido. Sus “niñas” comenzaron a obedecer a sus gritos y a mirarlo con ternura:

“Ave María si les va dar duro a esas mulas apenas se vaya”, era la frase de su patrón cada vez que lo encontraba contemplando a su recua.

La vida campesina en una casa de tabla sin luz, con la débil señal de una “flechita” que solo sirve de alarma para el patrón (los celulares están prohibidos), un revólver viejo debajo del colchón, cuatro mulas flacas, una linterna y una rula, es tranquila y rutinaria. A las 5:00 a.m. Dayron estaba en pie, enjalmaba, les daba un poco de aguamiel a sus mulas y salía por el camino elegido hasta la orilla del río Mira. Tres o cuatro horas de viaje, según la carga y la lluvia sobre el camino. Recogía la remesa —arroz, papa, verduras, pasta, atún y sardinas en lata, salchichón— y volvía a tomar el hilo del camino hasta la finca. Los caminos han mejorado en los últimos años y ahora hay letreros de las Farc en los que se avisa que todas las mulas deben ir herradas y se advierten los castigos para el “que le dé mala vida a una mula”: tres meses de trabajo comunitario y multa de cincuenta mil. La protección animal ha llegado hasta el nuevo oeste de la coca. Dayron conoce el límite de sus animales, las mulas llevan máximo 72 kilos a cada lado y no necesita zurriago para hacerlas andar a su paso. Algunos días hacía hasta tres viajes y armaba su toldo a la orilla del río Mira. Las rutas no se pueden escoger según el gusto propio y los afanes, el hermano del patrón, un hombre con brazalete de las Farc que ya piensa en inversiones en ganado en Caquetá para ir saliendo de la guerra, señala las rutas libres de minas. Desde 2008,

cuando el ejército se metió con toda a la erradicación, los guerrilleros se dedicaron a otras siembras. La jornada siempre termina con la curación de las peladuras de las mulas y en ocasiones con unas cervezas en La Tiendecita, El Billar o donde Doña Alvira, algunos de los entables junto al río. En la orilla del Mira una cerveza vale cinco mil pesos, de modo que todo el pago por el trájín del día se podía ir con seis polas y un sueño de hama-ca. Pero Dayron también necesitaba su aguamiel.

El organigrama de esa empresa campesina era sencillo. El patrón y su hermano guerrillero, Dayron y familia, cinco arrimados en labores permanentes, tres químicos y treinta raspachines que vienen y se van. Durante la estadía solo una vez las Farc armaron campamento al lado de la finca: juntos pero no revueltos. “Yo le avisé al patrón y me dijo que no me metiera con ellos, armaron sus cambuches cerca a la casa, eran por

ahí veinte. Eso sí, gozamos con tres días de jugos en licuadora”, dice Dayron, mientras elogia la planta eléctrica del campamento guerrillero. Las Farc tienen un hombre clave en cada punto del negocio. Un hermano del patrón, control sobre las básculas que pesan la hoja, algunos infiltrados entre quienes raspan para cuidar la disciplina y un contrato claro con los químicos que son los “doctores” en la operación.

A la hora del embarque las cosas se conversan. En los quince días de cocina los químicos pueden recoger cerca de nueve millones de pesos. Los raspachines dependen de su talento con las manos: “Hay gente a la que le rinde mucho, eso son recogiendo y parecen como esas vacas comiendo pasto”, dice Dayron con gesto de fastidio. Un buen raspachín puede recoger entre veinte y treinta arrobas en un día. Los seis mil pesos que pagan por cada arroba dejan suficiente para la fiesta en los entables del río o en Lorente. Y como este mundo es un pañuelo en los fines

de semana de whisky en el “chungo” pueden aparecer algunas conocidas de los pueblos de Caldas.

Le pregunto a Dayron por la disciplina que se impone en medio de una cocina coquera y los antojos que supone la pasta base. “La verdad yo no le veo la gracia a esa maricada, además ahí en la cosecha siempre hay gente de ellos vigilando, infiltrados. Lo bueno de eso por allá es que siempre te dan dos oportunidades”. Así funciona el bondadoso manual de castigos de las Farc. El consumo de drogas y el robo son delitos mayores en los verdes peladeros de la coca. A la primera, trabajo comunitario y multa, a la segunda, el tiro de gracia o el destierro. Dayron guardaba una bolita de marihuana como si fuera el más grande de los misterios. Le gusta el moño para acompañar unas cervezas o matar las largas noches en esos reinos independientes que son las fincas coccaleras cerca de Tumaco, entre cada feudo puede haber una hora de camino. En los campamentos de la coca la marihuana es todavía un pecado mayor, una afrenta natural contra los ranchos del ácido sulfúrico y el ACPM.

La caza constituye el momento de mayores alegrías para el baquiano que ha cogido el monte. Se olvidan las sumas y restas en un cuaderno rayado, las quejas de la esposa, la rutina de la bomba de fumigar y la rula. En la noche Dayron salía con el hermano de su patrón, el hombre de las Farc con quien tuvo una buena relación desde el primer día. “Nos íbamos a cazar boruga, eso es una delicia, es la mejor carne que se consigue por allá. Se cazan animales hasta de treinta kilos”. También se entretenían con la pesca de sábalos con arpón. Dayron sostenía la linterna y su compañero se sumergía con la careta y el arpón. Porque las escenas de la coca también pueden tener su toque de NatGeo. También hubo tiempo para las rutinas ideológicas. Todo el combo de la finca fue “invitado” a inscribir la cédula para las elecciones de octubre pasado. Las Farc han hecho política siempre, pero ahora parecen más cercanos de los métodos tradicionales. Hubo pasaje para todos y palmadita en la espalda, más adelante les entregaron el numerito recomendado en el tarjetón. Al final, Dayron encontró alguna vuelta urgente para evitar el cubículo.

El tiempo libre entregaba oportunidades para cuadrar el sueldo. La gente conocía la flota de Dayron y cada tanto le encargaba viajes para fincas vecinas. Ese trabajo por cuenta propia le dejaba entre trescientos y cuatrocientos mil pesos por viaje. Sabiendo que solo hay dos oportunidades, Dayron siempre reportó sus itinerarios por fuera de la finca y le ofrecía la mitad de las ganancias a su jefe. Siempre recibió una respuesta alentadora: “Guarde eso pal fresco”. Y fresco es whisky o cerveza en los caspetes o el chungo de la orilla. Porque el canto de grillos y chicharras se oye mejor con alguna ayuda.

Llegar del monte al pueblo siempre tiene sus compensas. Dayron fue recibido como un embajador venido desde un confin extraño. Sus historias tenían más auditorio que de costumbre, las invitaciones a las cantinas se multiplicaron y su poncho de arabescos era visto con admiración y extrañeza. “Muchos creen que uno llega de allá hecho un duro, primero invitan y después cobran”. Pero la sensación se acaba muy rápido, al tercer domingo ya nadie lo volteaba a ver, de nuevo era un hombre corriente con unas historias viejas, “y yo pensaba, ay jueputa, se me acabó la fama”. ☺



Itaca
GASTRONOMIA PERSONALIZADA
EMBUTIDO ARTESANAL

Con **Tu** patrocinio, esterilizaremos **200 BARÚ** animales en

#EstoyConBarú
En **Semana Santa de 2016**, RAYA realizará su jornada número 21 en Barú, Bolívar. Tu patrocinio es fundamental. ¡SÉ parte de la solución!

Meta: 200 animales • Patrocinio: \$50.000
Cada patrocinio cubre el valor de la cirugía de esterilización de un perro o gato de la región y cada patrocinador recibirá un certificado virtual con su nombre y la foto del animal beneficiado.

Cuenta ahorros Bancolombia
238 974972 21 a nombre de RAYA

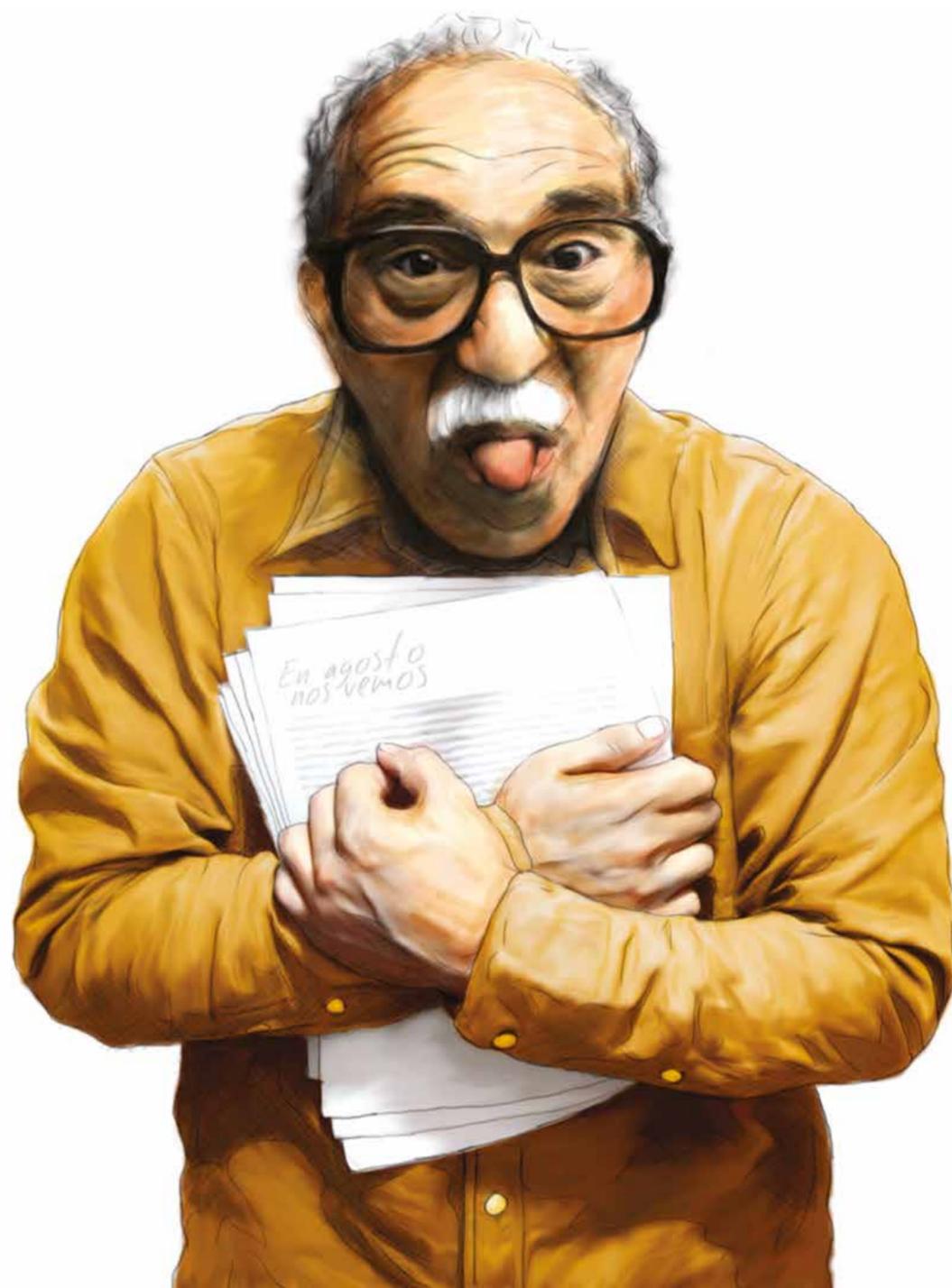
www.corporacionraya.org

El archivo de García Márquez que a finales de 2014 adquirió el Harry Ransom Center de la Universidad de Texas incluye, según indicó esta misma institución, diez versiones de *En agosto nos vemos*.

¿En agosto nos vemos, maestro?

por JOAQUÍN MATTOS OMAR

Ilustración: Hernán Franco Higueta



Como se sabe, Gabriel García Márquez dejó al morir una novela inédita titulada *En agosto nos vemos*. A pesar de haberla reescrito por lo menos nueve veces durante un período de catorce años, nunca se decidió a publicarla porque todavía había aspectos de la historia que no lo satisfacían del todo. El cuerpo del escritor no había sido cremado aún cuando ya se ventilaba en los medios el interrogante de si la novela sería publicada.

Así, pues, con su muerte nació para el mundo literario un caso apasionante sobre el cual todavía no se ha dicho la última palabra (pese a que, aparentemente, ya se dijo) y que, por tanto, conocerá nuevos ires y venires, nuevas peripecias y controversias. *En agosto nos vemos* se inscribe dentro del amplio catálogo de los textos inéditos de autores difuntos y su destino inopinado y opinable. Al morir, son pocos los escritores que no dejan manuscritos sin publicar, los cuales quedan expuestos a intervenciones y decisiones póstumas que pueden no coincidir con su voluntad. Por lo general se tiende a contradecir la voluntad de los escritores cuando esta se orienta a la no publicación de los inéditos, bien se trate de una voluntad expresada con oportuna y clara previsión o de que ella se infiera del simple hecho de que el autor no hubiera tomado nunca la decisión de darlos a la imprenta, pues parece claro que tal actitud indica que para él esos inéditos eran todavía *work in progress*. Sin embargo, no faltan los ejemplos que justifican preguntarse si hay que atenerse siempre a esa voluntad o seguir otros criterios.

Los invito a que reconstruyamos desde el principio el caso *En agosto nos vemos*.

En junio de 2009, en su columna de *El Espectador*, el escritor Juan Gabriel Vásquez, comentando una revelación que le había hecho su colega William Ospina según la cual García Márquez “quería escribir ahora una serie de novelas cortas, pero solo ha hecho *Memoria de mis putas tristes*”, anotaba: “Para las demás (...) ya no habrá tiempo. Y es una lástima”. Y, líneas abajo, reiteraba que le decepcionaba “el hecho, cada día más claro, de que no podemos esperar otra novela corta de García Márquez”, pues este, a su juicio, “es autor de varios de los mejores exponentes del género” (y citaba *El coronel no tiene quien le escriba* y *Crónica de una muerte anunciada*).

Esta triste desesperanza de Vásquez parecía fundarse en unos despachos internacionales de prensa, difundidos poco más de dos meses antes, que indicaban que Carmen Balcells creía “que García Márquez no volverá a escribir nunca más”, al tiempo que afirmaban que su biógrafo Gerald Martin compartía ese parecer. Con todo, esas mismas informaciones señalaban que ello no implicaba necesariamente que no volvería a publicar alguna novedad en materia narrativa, pues, según añadían, fuentes cercanas al novelista colombiano aseguraban que tenía una novela inédita, cuyo posible título era *En agosto nos vemos*. Esto era confirmado por Martin, quien, sin embargo, envolvía la cuestión en una sombra de incertidumbre, al preguntarse si su autor consideraría aquella novela digna del prestigio de su nombre.

La existencia de esa obra, en efecto, había sido reconocida por el propio García Márquez unos ocho meses atrás, en agosto de 2008, cuando, según la revista *Semana*, durante un encuentro en México con varios notables del mundo, reveló que escribía “una novela de amor”. El semanario agregaba que, tras haber realizado cuatro versiones de esta que lo habían dejado insatisfecho, el escritor se aprestaba a elaborar la quinta y que esperaba que colmara sus exigencias “para poder publicarla”.

En realidad, de esta novela sabíamos sus lectores desde abril de 1999, fecha en que la revista *Cambio* dio a conocer, en calidad de tema de portada, el primer capítulo de ella. Dicho capítulo, o cuento (pues la revista explicaba que este, junto con otros cuatro que formarían “una novela de 150 páginas”, constituían “historias absolutamente cerradas y autónomas”), es el que justamente se llama “En agosto nos vemos” y el que, al parecer, le da título a todo el volumen. Su protagonista es una mujer mayor llamada Ana Magdalena Bach.

A fines de 2011 volvimos a tener noticia de la novela en cuestión, y para todos los admiradores del narrador colombiano era una buena noticia: Cristóbal Pera, editor de Random House Mondadori (hoy Penguin Random House) anunció que García Márquez venía trabajando duro en esta obra y que el único obstáculo que al parecer debía salvar era un personaje que todavía no le convenía, de modo que esperaba que pronto la diera por concluida. “Entonces tendríamos

una gran sorpresa”, concluyó esa vez el editor español. Sorpresa que empezamos a esperar con ferviente impaciencia.

Sin embargo, después se fueron haciendo cada vez más públicas y menos dudosas las informaciones que daban cuenta de que el novelista no estaba ya en condiciones mentales para escribir ni corregir una sola línea. Su memoria se hallaba en un grave y avanzado estado de deterioro. Renunciamos, pues, a toda esperanza. O a casi toda, al menos en mi caso personal, pues un buen día vislumbré la posibilidad de un milagro macondiano para recuperarlo como escritor en activo y a él me aferré. El milagro se podría obrar de manera sencilla: bastaría abrir *Cien años de soledad* e invocar con fuerza al gitano Melquíades hasta transferirlo a la realidad, y entonces pedirle que le diera a beber a su creador aquella “sustancia de color apacible” que le suministró a su gran amigo José Arcadio Buendía –extraviado también en el olvido– y en virtud de la cual “la luz se hizo en su memoria”. Llegué a creer que de ese modo, uno de aquellos días, quizá para asombro de la misma Mercedes, García Márquez se levantaría temprano, de buen humor, se metería por primera vez en mucho tiempo en su viejo overol azul y se sentaría ante su Macintosh, mientras le advertía a su mujer: “Que nadie me interrumpa, voy a trabajar hasta las dos de la tarde”.

Pero el milagro no solo no se cumplió (¿y cómo habría de cumplirse, me digo ahora, si solo lo pensé y lo deseé, pero nunca realicé el ritual que se precisaba para hacerlo posible?), sino que, al cabo de un año más o menos, el 14 de abril de 2014, García Márquez murió en Ciudad de México.

Y durante la celebración misma de sus funerales, como ya decía, los medios llevaron y trajeron el tema no resuelto de si se publicaría o no *En agosto nos vemos*. Justamente, uno de los expertos consultados por los periodistas fue Cristóbal Pera. Pera dijo que en el estado en que se encontraba el manuscrito resultaba publicable, pero aclaró que no sabía si ello se llevaría a efecto “ya que esa decisión le correspondería a la familia del escritor colombiano”. Y añadió un dato muy importante en todo este asunto: “De lo que sí estoy seguro es que las novelas de García Márquez se seguirán vendiendo como pan caliente”.

Seis semanas después, el 31 de mayo de 2014, en Barranquilla, Jaime Abello, director de la Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano –y quien igualmente había dicho en los funerales de su jefe y amigo que eran los familiares del novelista los que tenían que tomar una decisión y que había que darle tiempo para que se serenaran y vieran qué iban a hacer–, reveló públicamente, en una charla sostenida con la periodista Patricia Iriarte en el restaurante El Huerto, que, por decisión de Mercedes Barcha, *En agosto nos vemos* no se publicaría. Según Abello, la viuda del Nobel adujo que si este nunca quiso publicarla, eso había que respetarlo.

A mi parecer, es una postura sensata y cortés para con el autor. El derecho a la autocritica, al rigor a la hora de elegir lo que se ha de publicar, que no solo se le concede en vida al escritor, sino que se le exige, es inalienable incluso más allá de la muerte. En otros términos, hay que respetarles a los borradores que deja un escritor –pues de eso se trata, para decir de una vez por todas la palabra soslayada: de borradores, no de productos finales–, hay que respetarles, digo, su pleno derecho a la ineditud.

Pero es inevitable preguntarse: ¿hasta cuándo se mantendrá en vigor esta decisión de doña Mercedes, teniendo en cuenta que, como dijo Cristóbal Pera, “las novelas de García Márquez se seguirán vendiendo como pan caliente” y que esta es una poderosa razón para que sus editores se la jueguen a fondo y sin desmayar para que tal decisión sea revocada? No digo que la viuda del escritor vaya a ceder de buenas a primeras, pero aunque se mantenga en sus trece, ¿qué pasará cuando ella ya no esté? No olvidemos que la vida humana es breve y que la literatura, en cambio, sigue su curso vasto y perenne.

P.D.: Entre las opiniones que se han conocido por parte de quienes han leído el manuscrito de la novela en el Harry Ransom Center, una de las más curiosas, por decir lo menos, es la de la periodista Patricia Lara. En una entrevista dada a conocer por el diario *El Tiempo* el 7 de diciembre de 2015, Lara dice que, a su juicio, a la novela “le faltaba muy poco de trabajo de edición” y puntualiza: “Digamos que hay un pedacito que es el que más falta; donde no está el nombre de la mamá de la protagonista, que Gabo no se lo puso”. A continuación, agrega que Rodrigo García, el hijo del escritor, “escribe muy bien” y según ella, “podría perfectamente haberle hecho los retoques, y haberle puesto el nombre que faltaba y ya”. ¡Para irse de espaldas! ☺

cinéfagos.net 10 años

cine colombiano, crítica de cine, comics, artes electrónicas, artículos y ensayos, cuentos de cine, documentos

 /cinéfagos.net

 @cinéfagosnet

Poemas de Jesús Gaviria (1949 - 2015)

Fotograma

Lenta
baja la balsa
Por el Amazonas.

El hombre recuesta su figura
contra un barril de pólvora
mientras sus labios
balbucean la ira de Dios.

A sus pies,
Un dardo anida en la nuca del lugarteniente.

Spoon river

Nací para grabar
esta inscripción
en mi lápida.
Y ahora, cumplido
mi propósito,
no logro descifrar
lo que desde aquí
se ve al revés.

Altamira

Ya oscuro,
buscando en la noche
protegerse de la noche,
la tribu se recluye.

Todos reposan
después de la fatiga;
todos,
salvo el joven cazador
a quien persiguen fantasmas
no llamados aún
bisonte, ciervo o mamut.

Con terror apenas contenido
toma la punta de pedernal
y a la luz caprichosa
de las antorchas
comienza a rasguñar
las rugosas paredes de la gruta
y poco a poco
va precisando el contorno
de sus sueños.

A la manera de haiku

Si estás atento
la cabecita roja de la lagartija
asomará entre las piedras

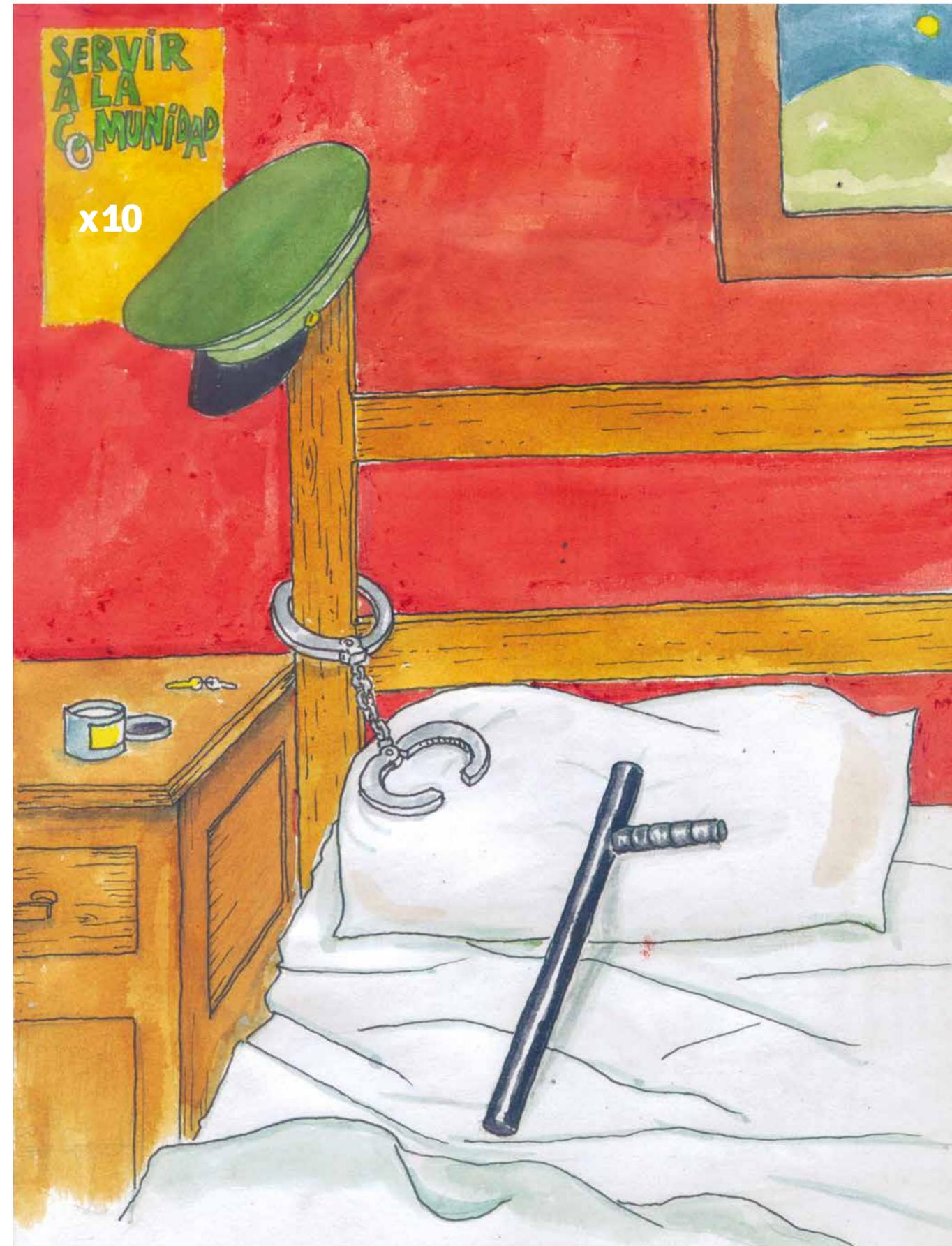
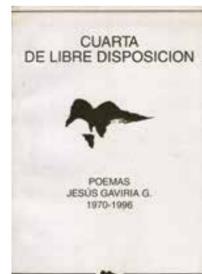
Inscripción

La risa y el llanto
Que fueron los días
Hoy son yerba
Por voluntad
De lo efímero.

Para la brisa
Te fatigas.

Patio

Migajas
se disputan
gallinas y palomas.



Ce n'est pas l'apparence,
c'est l'essence. Ce n'est
pas l'argent, c'est l'éducation.
Ce ne sont pas les
vêtements, c'est la classe.

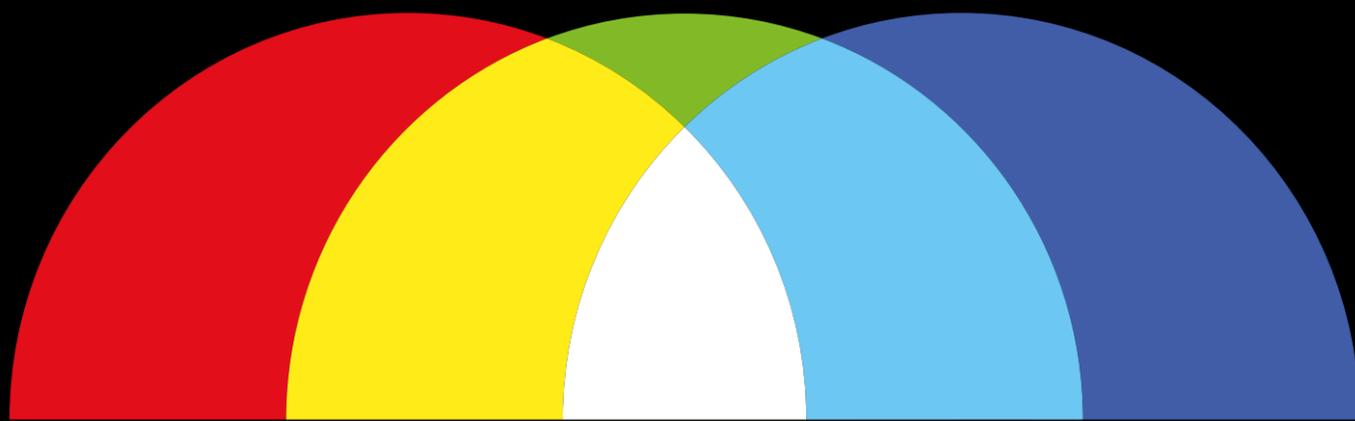
Gabrielle Chanel (Coco Chanel)
Revolucionó la moda y la alta costura



¡Descubre, aprende y disfruta en francés!
Marzo, mes de la Francophonía
<http://medellin.alianzafrancesa.org.co/>

4442620





LATINO DOME FEST

MEDELLÍN 2016

CONVOCATORIA

Otras obras, otros formatos

El **Planetario de Medellín** invita a participar en el festival internacional de piezas cortas para formato full dome (3 a 4 minutos)

Mayo 19 al 20 en el domo

Artistas, científicos, comunicadores, autores audiovisuales, diseñadores... pueden **inscribirse** hasta el 30 de marzo y **enviar sus piezas** hasta el 15 de abril

www.capcolombia2016.org

Informes y asesorías: capcolombia@parqueexplora.org
(574) 5168341 • (574) 5168385 • (574) 5168300

Organiza



Apoya



Alcaldía de Medellín
Cuenta con vos